

# ELEMENTOS DE LINGÜÍSTICA Y SEMIÓTICA

Prof. Carlos Reynoso – 2007  
carlosreynoso@filo.uba.ar

## I

### **a) La lingüística histórica. El evolucionismo lingüístico. La filología y la investigación folklórica. Lingüística diacrónica: lexicoestadística y glotocronología.**

#### **Introducción**

Esta materia se propone distintos objetivos, que ahora pasamos a enumerar. Uno de ellos es el de mostrar que no es posible investigar rigurosamente un fenómeno cultural como el lenguaje sin adoptar un marco teórico que defina cuáles aspectos son pertinentes y cuáles no.

Adoptar un marco teórico impone sesgos en la perspectiva, recortes en el objeto y arbitrariedades en la selección de los hechos a tener en cuenta. Probablemente ustedes encontrarán que algunas teorías, sobre todo algunas de las que van a revisarse en la primera mitad del programa, resultan un tanto extravagantes. Por cierto, algunas teorías plantean una simplificación de los fenómenos observables, una idealización de los hechos, que en principio puede parecer arbitraria. El sentido común aconsejaría tomar en consideración la totalidad de los datos que pueden obtenerse o la mayor cantidad posible de hechos observables, otorgando igual importancia a todos ellos. Para el sentido común, todo el mundo sabe qué es el lenguaje (¿acaso todos no somos hablantes de alguno?) y no parece haber inconveniente en convenir que la función del lenguaje es comunicar significados. Pero en lingüística, como en cualquier otra ciencia, el sentido común por sí solo no lleva muy lejos; ya tendremos oportunidad de demostrarlo.

Espero que hacia el final del cursado de esta materia puedan comprender por qué determinados marcos teóricos practican algún ejercicio de arbitrariedad, por qué establecen simplificaciones que a primera vista pueden parecer excesivas, o por qué idealizan los fenómenos que refieren. Trataré de demostrar además que no es ni posible ni deseable afrontar los hechos sin una teoría previa, y que cuando se afirma que no se posee teoría alguna, lo que se tiene en realidad es una teoría sobre la cual se ha reflexionado poco y que por lo tanto actúa sin que se la pueda controlar.

Lo que nosotros desarrollaremos en este curso es una lingüística no prescriptiva que versa sobre teorías y prácticas que tampoco lo son. Vamos a ver que ya desde principios de siglo la lingüística no se ocupa del "buen hablar", sino de las formas que se dan concretamente en el lenguaje, independientemente de que algunos académicos puedan pensar que están bien o están mal. Aún las escuelas de lingüística más proclives al análisis abstracto toman como punto de partida el lenguaje hablado real. Concentrarse en torno del lenguaje hablado pone también en un segundo plano al lenguaje escrito, que sólo ha de ser en lingüística un objeto circunstancial. Una de las cosas que deberán aprenderse en este curso es renunciar a pensar en los sonidos del lenguaje como "letras".

Otra de las cuestiones que quisiera subrayar a lo largo de esta materia es la correspondencia que existe, en general, entre los marcos teóricos de la lingüística y la semiótica por un lado y los progra-

mas teóricos de la antropología por el otro. En ambos casos vamos a encontrarnos con empiristas, idealistas, estructuralistas, fenomenólogos, posmodernos, universalistas, relativistas y toda una serie de tendencias teóricas, de supuestos, de métodos, que prácticamente ocurren paralelamente en una disciplina y en la otra, a veces remontándose a los mismos precursores y a similares círculos académicos. Algunas polémicas fundamentales (como la dicotomía entre las ciencias *emic* y las *etic*) atraviesan simultáneamente a todos estos campos disciplinares.

Más de una vez encontraremos que esta o aquella teoría antropológica se origina expresamente en una teoría lingüística; este es el caso del estructuralismo. Encontraremos también el caso inverso, como en la llamada antropología cognitiva, en que toda una concepción acerca del significado, toda una corriente semántica contemporánea, se origina en una problemática y en una investigación de orden antropológico. Sería interesante aprovechar esta materia para tender un puente entre las teorías antropológicas y las lingüísticas, y para contemplar determinados tipos teóricos que quizá puedan apreciarse mejor cuando tratan de fenómenos del lenguaje que cuando tratan de aspectos de la cultura.

Esto habremos de enfatizarlo sobre todo cuando abordemos el estructuralismo. Las tendencias estructuralistas cubren la mayor parte de las teorías lingüísticas que vamos a investigar aquí. Comprobaremos que la reacción contra el estructuralismo es relativamente reciente, y que en lingüística al menos todavía no es mayoritaria. Lo que quisiera, en definitiva, es aprovechar esta incursión por el estructuralismo lingüístico para sacar conclusiones acerca del estructuralismo en antropología y de toda una serie de corrientes teóricas que se derivan de él.

Podría decirse que este programa discurre a dos niveles: uno es el que concierne al lenguaje en sentido estricto, al lenguaje hablado, a la lengua, o (de acuerdo con determinadas corrientes lingüísticas) a la lengua y al habla; la otra parte del programa concierne a los sistemas de signos aparte del lenguaje, o tal vez a los sistemas de signos, lenguaje incluido, pero poniendo énfasis en una teoría general de los signos más que en un modelo construido a partir del análisis del lenguaje. En general, podemos considerar que históricamente la mayor parte de las teorías semióticas o semiológicas<sup>1</sup>, sobre todo en Europa, se origina en la teoría y en la práctica lingüística. Como quiera que sea, los estudios lingüísticos como modelo de método y el lenguaje como modelo de sistema de signos siempre habrán de ser referentes especiales en el estudio de la comunicación, aunque a veces su importancia no sea recalcada de manera explícita. Una de las formas en que yo pretendo acercar la problemática del lenguaje a las problemáticas antropológicas, es a través de la mediación de las teorías de los signos y de los sistemas de comunicación en general.

Lamentablemente, para manejar estas teorías es necesario dar un rodeo y ocuparse de modelos lingüísticos que en un primer análisis pueden parecer demasiado apartados de nuestras preocupaciones antropológicas primordiales. Pero después veremos que, incluso las teorías lingüísticas más abstractas, más alejadas de las problemáticas concretas de la antropología, sirven como heurísticas o como modelos para abordar una serie de problemas bastante concretos. Esto lo habremos de corroborar a propósito de lo que tal vez sea el modelo más abstracto que se examinará en el curso de esta materia, que es el modelo fonológico de la escuela de Praga.

---

<sup>1</sup> No hay ninguna diferencia entre semiótica y semiología, aunque existe cierta tendencia a denominar "semiológicas" a las investigaciones de la comunicación o los sistemas de signos que se desarrollan en Europa a partir de las ideas de Saussure, en tanto se acostumbra llamar "semiótica" a estudios que se ocupan del mismo objeto, pero conforme a una tradición que se inicia en Estados Unidos con Charles Sanders Peirce.

Les decía que la mayor parte de las teorías lingüísticas de este siglo están englobadas dentro de la corriente de pensamiento que se conoce como estructuralismo. Como es sabido, esta es una corriente que alcanza su apogeo en la década del 60, que últimamente está bastante diversificada, o en ciencias sociales (como dice Giddens) quizá muerta. Actualmente, en efecto, se habla de tendencias post-estructuralistas, las cuales se confunden con la corriente principal de los años 80 y 90, que, probablemente, a nivel de las ciencias sociales, tal vez sea el posmodernismo. Sea como fuere, el estructuralismo surge, por lo menos en lingüística, en la primera década de este siglo, de modo que es anterior al llamado estructuralismo en matemáticas (la línea de Bourbaki, por ejemplo). Después vamos a ver cuál es el punto de origen de las tendencias estructuralistas en antropología.

De lo que nos ocuparemos en esta primera unidad temática es de las corrientes históricas de la lingüística, o sea lo que se ha dado en llamar *lingüística diacrónica*. Y lo vamos a hacer como modo de establecer un contraste que presente más marcadamente las características teóricas del estructuralismo que ha de surgir a principios de este siglo. Porque el estructuralismo, tanto en lingüística como en antropología, enfatiza el orden sincrónico más que el devenir, las estructuras estables más que los procesos de cambio.

Lo que haremos a renglón seguido será tratar de caracterizar el estado de la lingüística hacia finales del siglo pasado. Por supuesto, deberemos incurrir en más de una simplificación, porque la lingüística histórica, o los estudios históricos del lenguaje, continúan en la actualidad. De ninguna manera hay que suponer que en el siglo pasado los fenómenos del lenguaje se estudiaban históricamente y en este siglo, a partir del auge del estructuralismo, comenzaron a estudiarse sincrónicamente, es decir con prescindencia del cambio. Pero en líneas generales podemos decir que así es. Las tendencias historicistas o diacronistas en la lingüística contemporánea son, hoy en día, absolutamente minoritarias. En el siglo pasado, en cambio, no se concebía estudiar la lengua si no era históricamente. Preocuparse por el transcurso del tiempo y concebir las cosas como cambiantes es muy plausible. El problema con aquellos estudios históricos del lenguaje es más bien de orden metodológico.

El lenguaje ha sido una preocupación constante; podemos remontarnos fácilmente a las especulaciones griegas acerca del lenguaje, o incluso a las refinadas elaboraciones teóricas de los lingüistas hindúes del siglo V a.C., como Pânini. Este último había planteado un esquema de análisis del lenguaje sumamente parecido a las modalidades estructuralistas, posteriores en 2500 años, incluyendo una especie de notación algebraica que compendia en forma de reglas las estructuras fundamentales del sánscrito. Si bien existen escuelas sumamente rigurosas en el siglo XVII, (como la Escuela "cartesiana" de Port-Royal), a mediados del siglo XIX una parte importante de los razonamientos sobre el lenguaje era metodológicamente débil, comparada con los estándares que rigen en la actualidad. La lingüística antigua, si es que puede hablarse de ella, era más un saber humanista, una práctica erudita, que propiamente una ciencia.

## **Lingüística evolucionista**

Nota: Esta sección de la primera bolilla, junto con la siguiente sobre glotocronología, no es admisible como tema de elección libre para el examen final oral, aunque sus contenidos deban ser estudiados de todas maneras. Justifica esta excepción el hecho de que las teorías aquí tratadas no califican como propuestas científicas y descentran la posibilidad del tratamiento comparativo de los marcos teóricos mejor elaborados.

La mayor parte de los antiguos análisis del lenguaje reposaba sobre criterios y métodos especulativos y aproximativos. Hasta bien entrado este siglo, no existía, por ejemplo, una forma de notación

fonética que permitiera representar con fidelidad todos los matices sonoros de las distintas lenguas. Y a mediados del siglo pasado, la lingüística, junto con otras ciencias sociales, aparecía dominada por el evolucionismo, y en este caso por una concepción relativamente ingenua del evolucionismo.

Casi todos los grandes teóricos lingüísticos de la segunda mitad del siglo XIX estaban convencidos de que el lenguaje había seguido una evolución similar a la que habían experimentado con toda evidencia las formas vivientes y presuntamente las culturas. Partiendo de un esquema evolucionista, por ejemplo, se pensaba que el lenguaje había evolucionado de las formas más sencillas a las formas más complejas. Y, siendo coherentes con el marco evolucionista en general, se sostenía también que las distintas manifestaciones del lenguaje contemporáneas (y en particular las lenguas indígenas), representaban otras tantas formas cristalizadas de la evolución del lenguaje. Esto quiere decir que algunas de las lenguas habladas actualmente en el mundo representarían estados anteriores en la evolución del lenguaje, cuyo desarrollo culminaba (según distintas opiniones) ya sea en las lenguas clásicas o en las lenguas europeas modernas. Una lengua "arcaica" constituía un ejemplo de una etapa por las que las lenguas progresivas ya habían pasado.

En particular se hablaba de tres etapas en la evolución del lenguaje. Y si les doy esta información es porque algunos lingüistas utilizan todavía estos criterios evolucionistas para clasificar las lenguas. Se decía que en un principio el lenguaje había pasado por una etapa que se podía caracterizar como *aislante*. Un lenguaje aislante consiste en una serie de términos que significan cosas, pero que no son gramaticalmente analizables, no se pueden descomponer en unidades gramaticales individuales. En las lenguas aislantes había prácticamente una palabra para cada cosa o conjunto de cosas.

Un ejemplo de una lengua aislante, decían los teóricos del siglo XIX, sería el chino. No sólo por ser monosílabico, sino porque el chino, según creían estos lingüistas, carecía de gramática. No es que no hubiera prescripciones sobre cómo hablar el chino. Que una lengua carezca de gramática quiere decir que no está compuesta por elementos complejos, sino por unidades indivisibles. La lengua china, arquetipo de las lenguas aislantes, es simplemente un conjunto de palabras, y los cambios en el sentido solamente se pueden llegar a dar a través del distinto ordenamiento de las palabras en la frase. *Cheu pei* significa "la parte de atrás de la mano"; *pei cheu*, "poner la mano detrás de la espalda", y así el resto.

Los teóricos evolucionistas suponían que después de esta etapa de lenguas aislantes había venido una etapa en que algunas lenguas evolucionaron hacia una pauta *aglutinante*. Dicho de otro modo, las lenguas aglutinantes sucedieron, evolutivamente, a las lenguas aislantes.

Las lenguas aglutinantes, como por ejemplo el turco, o la mayor parte de las lenguas aborígenes americanas, incluyen ya, aparte de las palabras originarias de los radicales, algunas señales gramaticales que se agregan al principio, al final o en el interior de estos radicales, y que constituyen una especie de gramática rudimentaria. A las raíces se les agregan afijos, que pueden ser prefijos, si están antes de las palabras, infijos si están incrustados, o sufijos, si son posteriores. Estas categorías gramaticales todavía se manejan para hacer referencia a algunas características de este tipo de las lenguas actuales, de las lenguas que, según los teóricos evolucionistas, serían las lenguas flexivas.

Este tercer tipo de lenguas, las *flexivas* o *flexionales*, serían, por supuesto, las más avanzadas. El modelo de una lengua flexiva sería el latín o el griego. Serían lenguas que se manejan en función no ya del encuentro o de la coalición más o menos ocasional de raíces y señales gramaticales, sino que son lenguas que se originan de acuerdo con un sistema de flexión, de declinación, de conjugación. Nuestra lengua, por ejemplo, sería una lengua flexional. Una lengua relativamente avanzada, según los criterios evolucionistas, aunque en este sentido no tanto como el griego o el latín;

con el tiempo las lenguas indoeuropeas, excepto las eslavas, han simplificado enormemente sus sistemas de flexión.

Los evolucionistas siempre tuvieron una especie de ambivalencia frente al hecho de que, de acuerdo con los cánones del evolucionismo, las lenguas debían evolucionar de lo más sencillo a lo más complejo. Este esquema de progreso es básico en cualquier esquema evolucionista. Pero la ambivalencia de que hablábamos se origina en el hecho de que algunas lenguas muertas, como el griego clásico o el latín, son más complejas y teóricamente más avanzadas desde el punto de vista evolucionista, que las lenguas que le sucedieron históricamente, como el italiano o el griego contemporáneo.

¿Cómo salieron de este atolladero los evolucionistas? Hay que aclarar que este esquema de evolución no solamente se manejaba a nivel de un esquema abstracto de evolución de las lenguas, sino que tenía incluso connotaciones racistas. Cierta lingüista de principios de siglo decía que sería un crimen que un hombre flexivo se case con una mujer aglutinante. Y se suponía verdaderamente que las lenguas primitivas eran incapaces de expresar sutilezas y matices de pensamiento, o de originar filosofías como las que se habían gestado en occidente, a caballo de lenguas avanzadas y sistemáticas. Pero en determinado momento, a medida que se iban conociendo mejor las lenguas de las culturas aborígenes, se comenzó a comprobar que muchas de ellas eran estructuralmente más complicadas que las lenguas reconocidamente modernas, como por ejemplo el inglés.

¿Cómo salir del paso cuando la evidencia se pone en contra? Algunos evolucionistas salvaron la dignidad diciendo que en realidad el criterio para valorizar la progresividad de una lengua no pasa por la complejidad o por la simplicidad, sino por la economía, por el sentido práctico. Esta era una manera de salvar al inglés, por ejemplo, que es una lengua infinitamente más sencilla<sup>2</sup> que la mayor parte de las lenguas aborígenes conocidas.

Entonces el criterio para poner en tela de juicio una lengua aborígena, debía ser modificado. Ya no se podía hablar de complejidad, porque las lenguas aborígenes eran más complejas, sino que se empezó a decir que las lenguas aborígenes testimoniaban una mentalidad poco práctica y que abundaban en una serie de matices inútiles. Aún en la actualidad hay algunos reflejos de esta idea, como cuando George Steiner escribe:

"Los idiomas más refinados y elaborados coexisten con modos de subsistencia extremadamente primitivos y fundados en una economía rudimentaria. Muchas culturas despliegan en su vocabulario y en su sintaxis refinamientos y energías adquisitivas de las que su vida cotidiana carece por completo. Las riquezas lingüísticas funcionan como mecanismos compensatorios. Algunas hordas hambrientas del Amazonas dilapidan en el comentario de su condición más tiempos verbales de los que hubiera podido emplear Platón" (*Después de Babel*, México, FCE, 1980, p.75).

Determinado lingüista de fines de siglo pasado, observaba que una lengua aborígena norteamericana obligaba a especificar una serie de factores que una lengua práctica y avanzada como el inglés pasaría por alto. Por ejemplo, para decir que "un hombre mató al conejo", en la lengua ponca había que especificar que el hombre, un hombre, animado, de pie, en caso nominativo, mató intencionalmente arrojando determinado objeto a un conejo macho, animado, que estaba sentado, en caso objetivo. Es decir, todas estas señales y todas estas especificaciones de sentido tenían que formar parte de la enunciación para expresar simplemente que "un hombre mató a un conejo".

---

<sup>2</sup> Estructuralmente, ya que no en su léxico.

Esto se estimaba como una especie de desperdicio, como un gasto inútil de energía mental; y entonces los evolucionistas de la escuela de Powell comenzaron a admitir que las lenguas primitivas son verdaderamente precisas pero muy poco prácticas, que conforman más bien un lastre para la mentalidad contemporánea, y que han sido incluso un impedimento para el desarrollo de las ciencias.

Estamos entonces en que los evolucionistas sostenían que los lenguajes se habían desarrollado históricamente, se habían perfeccionado de alguna manera, obedeciendo a un *telos* oculto; los criterios para construir la progresión debieron cambiar: primero el progreso iba de lo más simple a lo más complejo, luego de lo más superfluo a lo más práctico; pero existía en todo caso una forma de acomodar jerárquicamente las lenguas.

Una de las cosas que tenemos que sacar en claro de aquí, es que no existen verdaderamente lenguas primitivas. Y esto es algo que si los lingüistas lo saben, los antropólogos lo tienen que saber mejor. **No existen** lenguas incapaces de expresar matices de significado que se puedan expresar en otras. Quizás, en ciertas lenguas, determinadas expresiones conceptuales requieran más palabras o más paráfrasis y circunloquios que en otras, pero básicamente en todas las lenguas se puede expresar lo mismo.

Después vamos a ver que hay distintas formas y distintas estructuras de lenguas, aunque no vamos a estudiar lenguas aborígenes ni vamos a describir gramáticas. El hecho es que hay lenguas que siguen distintas estrategias que otras para ir incorporando nuevos conceptos y nuevas formas de expresión, aunque todas son capaces de desarrollarse, si es que no de crecer.

Todas las lenguas evolucionan. No existen lenguas que estén detenidas en el tiempo. Existen algunas lenguas, como por ejemplo el islandés, que por razones culturales no incorporan, como hacen todas las lenguas en general, neologismos; es decir, no agregan al inventario léxico términos originados en otras lenguas, como lo hacemos nosotros, que decimos por ejemplo "jet" o "televisor", proveniente de un término inglés o del griego.

En determinadas lenguas se van gestando formas de decir, paráfrasis, explicaciones, descripciones, que reemplazan a formas anteriores. Las academias y los doctores de la lengua van recomendando términos que deben ser incorporados a la misma. Esto último pasaría, teóricamente, con el árabe. De todas maneras esta es una concepción absolutamente teórica. De hecho, las lenguas evolucionan mucho más allá de lo que les gustaría a las academias del lenguaje.

Pero la evolución es un concepto muy amplio, en el que caben innumerables modalidades, tanto progresistas como conservadoras. Para redondear este panorama esquemático de las tendencias lingüísticas históricas del siglo pasado, tendríamos que hacer referencia a uno de los principales teóricos, un teórico arquetípico de mediados del siglo pasado, un personaje que ha tenido una gran influencia en la antropología de principios de este siglo, y sobre todo en los estudios folklóricos. Me refiero a Max Müller. Algunos que hayan hechos materias de folklore probablemente haya oído hablar de él. En mis tiempos de estudiante las materias de folklore incluían algunos textos de Müller, junto a los de otros autores todavía más arcaicos, y no siempre se hacía la salvedad del paso del tiempo para situar sus esquemas teóricos en el debido contexto. Esto es, se tomaban las propuestas de Müller como postulados científicos en pleno derecho, dándoles cabida junto a teorías posteriores hartamente más sensatas.

Max Müller era también evolucionista y había elaborado un sistema que se apartaba en algunos puntos importantes del evolucionismo clásico de Darwin en biología o de Tylor en antropología.

Max Müller incluso polemizó con Tylor. Tylor fue probablemente el primer teórico importante de la antropología en el siglo pasado, y como es natural militaba en el evolucionismo.

Lo que afirmaba Tylor (y lo que negaba Max Müller) era que el lenguaje se originaba en la expresión de las emociones, en una serie de experiencias o sensaciones inmediatas. Para Tylor las primeras palabras debieron haber sido muy semejantes a ruidos; en un primer momento el lenguaje debió haber sido puramente onomatopéyico, y la prueba está, decía Tylor, en que todas las lenguas poseen palabras que tienen un claro origen onomatopéyico. "Asno" se dice *eô* en egipcio, "cuervo" es *crow* en inglés, "gato" es *mau* en chino, "fusil" es *gun* en inglés y *pung* en botocudo, "pito" es *pipit* en malayo. A Tylor le era relativamente fácil ejemplificar, porque el inglés posee un gran número de términos derivados de imitaciones, de estilizaciones lingüísticas de sonidos.

Hago referencia a esta teoría de Tylor y a lo que va a ser la de Max Müller simplemente para ilustrar el tipo de argumentación teórica y la clase de problemas de las que se ocupaba la lingüística hasta principios de este siglo. Todo ello tenía que ver con una concepción del conocimiento de puro sentido común: hacer ciencia consistía en desvelar los "orígenes" de algo, aunque no existiera para fundamentar ese argumento ninguna prueba rotunda. Y una demostración consistía en una acumulación de ejemplos, tanto mejor cuanto más abundantes, aunque existieran innumerables casos en contrario.

Max Müller disentía de Tylor respecto al origen del lenguaje. Y en su lugar proponía otra teoría que no era menos conjetural. Müller decía que el único testimonio que hay acerca del lenguaje primitivo es el mito. Explicaba de esta manera tanto el lenguaje como la mitología. Afirmaba concretamente que el lenguaje es manifestación del pensamiento, y que los mitos testimonian un estado anterior del lenguaje, y, por lo tanto, un estado anterior del pensamiento. Aseveraba que los mitos se habían originado en el mismo período en que se formó el lenguaje, un período al que él llama *mito-poético*. En ese período las palabras eran, por así decirlo, pesadas, difíciles de manejar, como que decían demasiadas cosas, o tenían una enorme carga de sentido. De ahí que a los contemporáneos nos provoque extrañeza el lenguaje mitológico. Müller decía que el mito es algo que requiere una explicación, y una explicación que puede darse es ésta que lo relaciona con un estado anterior del lenguaje, en el que existía otra relación que la que hoy existe entre lenguaje y significación.

En los mitos, según Müller, los fenómenos se nombran de acuerdo con sus atributos. El sol, por ejemplo, es "el iluminador", los ríos son "los que corren", y así todo. Müller sacaba estas ideas de las antiguas etimologías griegas, latinas y sánscritas<sup>3</sup>. Para Müller el sánscrito representaba el estado originario del lenguaje. Las raíces sánscritas, en las que por ejemplo la que designa a los ríos expresa un atributo, serían supervivencias del estado inicial de la humanidad.

Todas estas no son ideas demasiado memorables desde el punto de vista teórico o metodológico, y como les decía, simplemente las exponemos para que después pueda apreciarse el contraste que va a significar el advenimiento de la lingüística estructuralista en la primera década de este siglo. Según Max Müller, con el tiempo se fue olvidando el sentido originario de los mitos; el lenguaje fue cambiando en su forma de significar, en sus modos de referirse a las cosas del mundo: ya no lo hacía mediante la enumeración de los atributos, sino que significaba de diversas formas. Y los mitos quedaron

---

<sup>3</sup> La etimología (el estudio científico del origen de las palabras) fue una de las actividades predilectas de la fase filológica y humanista de los estudios lingüísticos. En los años recientes se importancia ha disminuido mucho, y ya no sostiene como antes lo hacía que el significado de las antiguas palabras está de algún modo subyacente, soterrado, oculto, en los significados actuales.

como una especie de reliquia de un estado anterior. De un estado en el cual el hombre todavía no dominaba el lenguaje como después pudo hacerlo, sino que lo manejaba con torpeza. Por eso Max Müller decía: los mitos son una enfermedad del lenguaje.

Esta teoría de Müller, con todo lo conjetural que puede haber sido, fue en su momento una de las teorías más elaboradas y avanzadas acerca del lenguaje tanto como acerca de la mitología. Habría que ponerse un poco en situación. ¿Cuál era el contexto histórico y científico que permitía el desarrollo de este tipo de especulaciones acerca del lenguaje? En aquella época, estudiosos como Max Müller (que era concretamente especialista en lenguas indoeuropeas, estudioso del sánscrito y de las religiones orientales) eran estudiosos típicos; y su modelo, que hoy parece un modelo típico de anticuario aficionado, era el modelo científico habitual. Ciertas prácticas del folklore y la antropología en Alemania y en Europa oriental conservan, todavía hoy, el mismo regusto por el dato erudito y la misma tolerancia hacia la especulación.

Ese tipo de teorías elaboradas sobre todo por orientalistas, más que por antropólogos o lingüistas, constituyó una actividad sumamente frecuente entre mediados y fines del siglo pasado. Era una actividad frecuente porque existió, como subproducto de la situación colonial, una importante inquietud por el estudio de las lenguas y las culturas exóticas. Esto se dio sobre todo a partir de fines del siglo XVIII, principios del XIX, cuando los eruditos europeos descubrieron que la lengua India antigua, el sánscrito, estaba emparentada con las lenguas de la Europa contemporánea. Al mismo tiempo se imaginaba que el sánscrito védico (uno de los testimonios de textos más antiguos que existe, aunque su transmisión haya sido oral) era algo así como un testimonio de los albores de la humanidad.

El siglo XIX fue el período en el que se originan intentos por sistematizar, por explicar, estas similitudes encontradas entre las lenguas de culturas sumamente diversas. Se inventó el rótulo de indoeuropeo para hacer referencia a esta super-familia lingüística, que abarcaba tanto al sánscrito como a la mayor parte de las lenguas europeas, con escasas excepciones, como el finés, el vasco o el húngaro.

Y se llegó al extremo de imaginar cuál había sido la cultura correspondiente a la lengua indoeuropea madre, a la del idioma indoeuropeo en sentido estricto. Uno de los eruditos que acostumbraba a acomodar las lenguas en este esquema de las tres etapas que vimos al principio de esta clase, llegó a componer poemas en indoeuropeo, una lengua al fin y al cabo conjetural, que consistía en denominadores comunes de las diversas lenguas indoeuropeas históricas.

Si bien el estado de la investigación siempre estuvo aferrado a la conjetura y al capricho, este es un periodo en el que se origina verdaderamente una inquietud por la historia de las lenguas. El indoeuropeo posee una historia documentada de casi tres mil años. Y después vamos a ver que muchas de las teorías contemporáneas de la lingüística histórica, se basan más que nada en el estudio y en el análisis de las lenguas indoeuropeas.

En aquella época se suponía que la lengua y la raza eran fenómenos afines. Así como existían, para los evolucionistas, lenguas arcaicas o lenguas primitivas, también existían razas menos desarrolladas, menos capaces, más primitivas. Se llegó a pensar que la raza y la lengua corrían juntas. Que allí donde se hablara una lengua primitiva estábamos también en presencia de una raza cerebralmente poco desarrollada (aunque sus potencialidades se reputaran idénticas), y que el testimonio de este déficit se hallaba en el atraso cultural de determinadas sociedades.



Con el tiempo se llegó a la conclusión de que raza y lengua no son conceptos interdependientes. No se puede utilizar como se utilizó en el siglo pasado, indiscriminadamente, evidencia lingüística para determinar la distribución y la diferenciación racial. En el siglo pasado se pensaba que los criterios eran paralelos y que la lengua podía usarse como una especie de prueba sustituta para completar un esquema de evolución, distribución o historia de las razas o de los pueblos.

Y bajo esta idea se hicieron una serie de propuestas acerca del origen por ejemplo, de las razas americanas. Un lingüista de mediados del siglo pasado, John Kennedy se llamaba, pretendió probar que los indígenas de América provenían de otros continentes, en este caso de Africa occidental, basándose en un puñado de palabras afines. El método de los folklorólogos alemanes difusionistas conocido como "palabras y cosas" (*Wörter und Sachen*) se inspira en la idea de que ambas viajan juntas con quienes las transportan.

Algunos folkloristas algo más recientes (como el argentino Carlos Vega) han creído probar el origen oceánico de ciertos elementos culturales precolombinos de América guiándose por criterios parecidos, que a partir de ahora ustedes podrán juzgar mejor en lo que valen. Pero, en definitiva, todo este tipo de conjeturas y de teorías basadas en pruebas a todas luces insuficientes, fue dejando paso a una perspectiva que ya se anuncia como un estudio científico del lenguaje.

## Los neogramáticos

Si todas las corrientes que revisamos hasta ahora acatan los principios del evolucionismo, la primera corriente "científica" de estudios lingüísticos tenía que ver más bien con el ideal positivista de la ciencia. Esta corriente de fines del siglo pasado y principios de éste se conoce como *neogramática*. En realidad esta es una traducción bastante poco afortunada del calificativo de "jóvenes gramáticos", que mereció un grupo de estudiosos alemanes a fines del siglo pasado.

Estos neogramáticos abandonaron, por empezar, todo lo que tuviera que ver con construcciones imaginativas del origen o de la historia de las lenguas. El modelo neogramático prohibía la especulación. Esta es una de las razones por las cuales se reconoce en esta corriente algo que se parece a lo que vino después.

Lo de "*neogramática*" tiene que ver con el hecho de que la mayor parte de las tendencias lingüísticas del siglo XIX se encuadraba en lo que se llamó *filología* o *gramática comparada*, la cual era fundamentalmente descriptiva. La gramática de los neogramáticos se proponía no solamente describir la historia de las lenguas y el cambio lingüístico, sino explicarlo. Y esto es algo que surge claramente del ideal positivista de la ciencia.

Esto fue, podríamos decir, de mil ochocientos setenta y pico hasta, yo diría, 1900, 1910. Incluso después vamos a ver que el fundador de lo que se reconoce como la lingüística científica en el sentido estricto, que es Ferdinand de Saussure, fue en su juventud miembro de esta escuela neogramática, e incluso escribió un tratado que se reconoce como la obra culminante de la escuela neogramática, antes de fundar la lingüística científica bajo el signo del estructuralismo.

Lo que proponían los neogramáticos es desanimizar, podríamos decir, el concepto que se tenía sobre el lenguaje, quitarle todas las metáforas orgánicas o biológicas que se desarrollaron en la lingüística evolucionista. Deseaban eliminar los resabios animistas o biologicistas, y toda una serie de metáforas que cubrían la concepción que se tenía de los lenguajes. En esa época se hablaba de lenguas que sufrían enfermedades, o que morían o que declinaban, como si fueran organismos vivientes. Y esto es algo con lo que rompe la corriente neogramática, que se proponía encontrar las

causas verificables del cambio lingüístico en la actividad concreta de los seres humanos, en la actividad observable de los hablantes.

En el canon neogramático no se estudiaba entonces tanto la lengua, como una especie de fenómeno independiente, que tenía un período de crecimiento, de juventud, de madurez y de decrepitud, sino que se observaba sobre todo la actividad lingüística. Y algo que caracterizó a los neogramáticos era que se ocupaban no de grandes periodos históricos, a lo largo de milenios, sino que examinaban de cerca transiciones de fase entre dos estados de una misma lengua. Los neogramáticos, por primera vez, redujeron la escala de las observaciones para definir un objeto mucho más manejable.

No viene al caso retener los nombres de los neogramáticos (Georg Curtius, Hermann Paul, K. Brugmann); en la actualidad estas referencias a la corriente neogramática son poco más que una curiosidad. En primer lugar, porque la lingüística de nuestra época cambió los parámetros; no solamente porque profundizó en los criterios de rigor científico, impuestos por los neogramáticos, sino porque puso en el análisis de la lengua un énfasis totalmente ajeno a las inquietudes historicistas propias del siglo XIX.

Lo que cabe rescatar de los neogramáticos es que por primera vez propusieron que el cambio lingüístico, la evolución de las lenguas, o como se lo quiera llamar, era un fenómeno que debía tener cierta sistematicidad, debía obedecer a una serie de reglas, debía atenerse a un orden susceptible de investigación sistemática. También decían los neogramáticos que, dado que la lengua es una actividad humana, las explicaciones de la conducta lingüística y del cambio lingüístico, se tienen que buscar dentro de las reglas generales que rigen la conducta humana.

Antes de abordar las corrientes lingüísticas relativamente modernas, vamos a señalar una serie de puntos que caracterizaron a las corrientes lingüísticas anteriores y que ya han dejado de ser importantes. Por ejemplo, ningún lingüista en sus cabales propondría hoy una teoría acerca de los orígenes del lenguaje, incluso este es un tema que no se estudia en la actualidad, no porque sea poco importante determinar cuál es el origen del lenguaje, sino porque no hay modo de abordar el problema desde el punto de vista lingüístico.

Una de las razones que impiden que estos estudios puedan afrontarse obedece a que no existen testimonios de lenguas arcaicas, precarias o primitivas. Como ya les dije, no solamente todas las culturas tienen lenguas evolucionadas y relativamente complejas, sino que incluso remontándonos a los testimonios lingüísticos más antiguos, testimonios lingüísticos que podemos remontar a cuatro o cinco mil años atrás, no encontramos la menor traza, el menor signo de una lengua en estado de formación.

Se reconoce que el ser humano adquirió el lenguaje muchísimo antes de que adquiriera la forma de fijarlo por escrito, de modo tal que todo lo que pueda decirse sobre lenguas originarias carece absolutamente de validez. Ustedes saben que se han propuesto diversas lenguas como la lengua madre, pero esto es una actividad que era propia del siglo pasado y no de éste. Max Müller decía, por ejemplo, que el sánscrito era la lengua más antigua y que testimoniaba una humanidad que se encontraba en plena juventud. Y hoy se reconoce que los testimonios conocidos de la lengua sánscrita corresponden a una cultura sumamente desarrollada, la cultura védica, que nada tiene que ver con una humanidad primitiva o primigenia. Los restos más antiguos del sánscrito corresponden a una cultura compleja y a una sociedad ya plenamente urbanizada.

Lo mismo cabe decir del hebreo, por ejemplo, que se ha promovido como la lengua madre a partir de la exégesis bíblica, y hoy se admite sin gran cuestionamiento que el hebreo, los testimonios más antiguos del hebreo, son dos o tres mil años más recientes que los testimonios de otras lenguas.

Lo que subsiste como inquietud científica es la investigación del origen de la capacidad lingüística, no del origen de tal o cual lengua, de determinadas familias de lenguas o del origen de las palabras, sino de lo que puede observarse por ejemplo a través del examen de restos óseos de determinadas especies homínidas. En paleoantropología se estudia a partir de qué periodo el hombre es capaz de producir sonidos lingüísticos, examinando las improntas de las características corticales, que según hoy se sabe están relacionadas con esa capacidad. También se emplean criterios observacionales provientes de la etología.

Uno de los temas más candentes para los etólogos, tiene que ver con la posibilidad de que determinadas especies animales posean algo así como un lenguaje. El semiólogo norteamericano contemporáneo Thomas Sebeok, sostiene que la actividad comunicativa, el manejo de signos, es algo que caracteriza a todas las especies vivientes, en mayor o menor grado. Sebeok habla incluso no sólo de semiótica para hacer referencia a esta motividad sémica, sino de zoosemiótica o de biosemiótica.

Numerosos lingüistas, sin embargo, argumentan que el lenguaje es una capacidad específicamente humana; más aún, sostienen que es una capacidad que permite definir al ser humano como algo relativamente separado y superior al resto de los animales. Esto por supuesto implica negar el carácter de lenguaje a las actividades sémicas de los primates superiores aparte del hombre. Últimamente se ha estado investigando, por ejemplo, la capacidad de los chimpancés, e incluso de los gorilas, para aprender y desarrollar modos de comunicación que podrían definirse como lenguajes. Son particularmente interesantes los estudios de la trasmisión lingüística en grupos de primates.

Incidentalmente se ha descubierto que determinados chimpancés, adecuadamente enseñados, son capaces de aprender lenguajes de signos como el AMESLAN o "American Sign Language", un lenguaje gestual gestual de los sordomudos norteamericanos; se ha probado que los chimpancés son capaces de combinar los signos del AMESLAN de manera tal de producir nuevas frases, y hasta poseen la capacidad para transmitir esas habilidades a su descendencia.

Por supuesto que esto ha originado toda una disputa acerca de si se puede asimilar el aprendizaje realizado por estos chimpancés con el aprendizaje lingüístico que desarrollan los seres humanos. Como quiera que sea, estas nuevas investigaciones han desplazado el antiguo interés del siglo XIX por las reconstrucciones conjeturales, y han fijado una serie de problemáticas que, si bien todavía se mantienen, son absolutamente periféricas respecto de la corriente principal de la lingüística, que versa sobre cuestiones quizá no tan apasionantes pero mejor delimitadas. Como vamos a ver en las clases siguientes, la mayor parte de las corrientes contemporáneas en lingüística son sincrónicas, estudian estados del lenguaje y no procesos de cambio lingüístico.

Las preocupaciones históricas de la antigua lingüística son comprensibles. No solamente había que explicar el hecho del lenguaje en sí, sino que había que explicar antes que nada la diversidad de las lenguas. Ustedes sabrán que existen alrededor de 4000 o 5000 lenguas distintas. Todo depende de cuál sea el criterio que se utilice para considerar que dos lenguas emparentadas son o no la misma. Este tipo de problemas en lingüística es sumamente complicado. Se han discutido mucho (y esto lo vamos a ver más adelante cuando hablemos de sociolingüística) los criterios que sirven para demarcar una lengua; téngase en cuenta que en el interior de lo que llamamos un idioma las manifestaciones del habla concreta son absolutamente heterogéneas, y están desparejamente articuladas según las clases sociales, los sexos, las profesiones, las edades.

Las fronteras entre una lengua y otra, entonces, son sumamente nebulosas, pero de todas maneras, grosso modo, los lingüistas reconocen varios miles de lenguajes o dialectos distintos. En el siglo pasado esta diversidad se explicaba de diferentes formas. Un lingüista, que no viene al caso mencionar aquí, postulaba que las lenguas se debían haber originado por el hecho de que se abandonaba a los niños, los niños se criaban solos, no aprendían ninguna lengua, entonces se ponían de acuerdo e inventaban una. Ustedes se darán cuenta que existen pocas oportunidades de probar una teoría semejante.

Con el correr del tiempo, hacia 1870 decíamos, surge la escuela neogramática que trata de acabar con toda esta floración de conjeturas, y sienta las bases de los primeros análisis rigurosos del lenguaje. Existen algunos intentos aislados por formular leyes, que en un principio van a ser de carácter histórico. Existe una ley famosa, la ley de Grimm, postulada por el conocido filólogo que también participó en la recolección de las narrativas tradicionales alemanas, que establece ciertas regularidades en la evolución de los lenguajes.

Los neogramáticos querían ir más lejos y sobre todo querían explicar hechos del lenguaje que aparentemente quiebran su regularidad, es decir, su carácter de objeto que obedece a leyes. Ustedes sabrán que, por ejemplo, las lenguas indoeuropeas distinguen entre verbos regulares y verbos irregulares. Para dar un ejemplo sencillo, en inglés el pasado de un verbo regular se forma añadiendo el sufijo "*d*" o "*ed*" a la raíz del verbo; sin embargo, existe dentro del inglés una gran cantidad de verbos, que ellos llaman irregulares, en los que para formar el pasado se utilizan otros recursos fonológicos, recursos que no obedecen a una pauta regular (ej *keep* -> *kept*).

Los neogramáticos fueron los primeros en plantear que esta aparente falta de leyes se tenía que explicar encontrando el estado de la lengua dentro del cual estas transformaciones ocurrieran regularmente; es decir, la transformación que hace que "*keep*" se transforme en "*kept*", a pesar de ser menos numerosa que la transformación anterior, debía ocurrir en número tal y con referencia a un estado global del lenguaje que confirmara a esa transformación carácter más o menos sistemático. Aún las aparentes excepciones deben estar sujetas a leyes.

## Glotocronología

Haremos referencia ahora a una de las pocas corrientes históricas dentro de la lingüística contemporánea. Es importante que quede claro que la tendencia que vamos a caracterizar como glotocronología, no pertenece a las corrientes lingüísticas del siglo pasado, no es una corriente antigua. Se origina entre 1951 y 1953. El hecho de que la mencionemos ahora se debe, como les decía antes, a que es una de las pocas corrientes diacrónicas o históricas que vamos a tener oportunidad de revisar.

La glotocronología, además, tiene cierto interés de cara a la antropología, por cuanto se implementó como una herramienta auxiliar no sólo de los estudios lingüísticos, sino de la etnohistoria y de la arqueología. Incluso se diría que la idea para formular el método glotocronológico surgió por analogía del método de datación por el carbono 14, que se utiliza para determinar la edad de una muestra. Los que hayan cursado materias de arqueología sabrán más o menos en qué consiste.

Lo que se pretendía hacer en glotocronología era medir el tiempo transcurrido desde que dos lenguas pertenecientes a una misma familia se habían separado. La glotocronología no trabajaba entonces sobre una muestra lingüística sino sobre por lo menos dos. Y la posibilidad de datación estaba dada por la cantidad de términos que se habían conservado iguales o parecidos en una lengua y otra.

Ahora estoy simplificando un poco la cosa; después introduciremos algunos términos técnicos. Lo que ha de enfatizarse ahora es, simplemente, que la glotocronología todavía aparece en los manuales de etnohistoria, de lingüística o de arqueología, como un método relativamente confiable para la datación de este tipo de fenómenos.

La glotocronología surgió en los Estados Unidos en 1953 por iniciativa de Morris Swadesh, y muy pronto varios lingüistas norteamericanos especialistas en lenguas aborígenes se unieron a esa propuesta. Durante 10 años, más o menos, la glotocronología fue un método respetado. En 1960, por ejemplo, comienza a aparecer una de las principales revistas norteamericanas de antropología, *Current Anthropology*; y el primer artículo del Current, que es una revista que sigue saliendo y es donde se publica la mayor parte de los trabajos de índole teórica de la antropología norteamericana, es un trabajo de glotocronología, donde Dell Hymes practica una defensa del método.

Esto quiere decir que entre 1951/53, cuando surge la glotocronología, y 1960, no solamente había gozado de cierta distinción sino que ya era necesario defenderla. Ustedes se van a dar cuenta que el método propuesto por los glotocronólogos, o como se los quiera llamar, es difícilmente defendible; en general se considera que hacia 1962 el periodo de vigencia de la glotocronología, por lo menos en su formulación inicial, caducó. En 1962, en esa misma revista que se había inaugurado con una nota sobre la glotocronología, se publica una contraprueba, es decir, un caso que refuta la validez de la glotocronología, o por lo menos la pone en tela de juicio.

La glotocronología parte de cuatro supuestos. El primer supuesto es que en toda lengua *una parte del vocabulario cambia más lentamente que el resto*. Es decir, dentro del inventario léxico de una lengua existe una parte relativamente privilegiada, básica, que está poco sujeta a cambios. Esto es lo que los glotocronólogos llaman vocabulario no cultural o núcleo léxico; esta expresión quiere decir que hay una región del vocabulario que no depende de la cultura ni está sujeto a cambio de acuerdo con los cambios culturales, sino que se trataría de una entidad lingüísticamente estable.

Este léxico básico se refiere no a los términos que pueden variar de una cultura, de una sociedad a otra, sino a términos que necesariamente tienen que estar presentes en todas las lenguas. Dicho de una manera más técnica, esa parte del vocabulario refleja términos que tienen que estar necesariamente lexicalizados en todas las lenguas. Es decir, tiene que existir una palabra para designarlos, en todos los idiomas. Esa parte del vocabulario incluiría por ejemplo las partes del cuerpo, los términos que designan las manos, los pies, o las actividades biológicas fundamentales, comer, dormir, morir, o fenómenos naturales presentes en todas partes, fuego, agua, lluvia, sol, luna... Es decir, los elementos más inmediatamente presentes y universales de la experiencia.

Este núcleo, entonces, estaría lexicalizado en todas las lenguas. Y estar lexicalizados quiere decir que existen términos o existen palabras que se refieren a esos conceptos. Este es el primer supuesto, entonces, de la glotocronología. Que existe dentro de todo el vocabulario una parte que, por diversas razones, necesariamente es universal, y que al ser universal, al no depender de los caprichos de la cultura, al aprenderse más tempranamente en el proceso de enculturación, es también más resistente, el menos variable.

El segundo supuesto afirma que *el ritmo de cambio del vocabulario básico es constante a través del tiempo*. Esto no quiere decir que las lenguas cambien todas a la misma velocidad. Nos estamos refiriendo no a las lenguas en su conjunto, sino al vocabulario básico. Según ellos este vocabulario cambia, en todas las lenguas, aproximadamente según el mismo ritmo de cambio. O lo que es lo mismo, en todas las lenguas el ritmo de retención del vocabulario básico sería el mismo.

¿Y por qué afirman esto? Lo importante es que no se trata de una concepción a priori, sino que se trata, aparentemente, de un hallazgo que puede generalizarse. No se trata de una hipótesis característica, que después va a ser confirmada o refutada a través de los hechos, sino que se trata de una generalización a partir de una serie de hechos observados. En principio, cuando se hace esta formulación de la glotocronología, existen una serie de pruebas que parecen confirmar esta segunda suposición.

Los glotocronólogos presentan inventarios de lo que ellos llaman el vocabulario básico de una serie de lenguas. La mayoría de estas lenguas son indoeuropeas, pero también hay casos como el del japonés o el árabe. Y esos inventarios parecen demostrar que efectivamente el ritmo de cambio del vocabulario básico es constante. Los glotocronólogos afirmaban que si tomamos cien palabras del núcleo básico de una misma lengua, vamos a encontrar que al cabo de 1000 años cambia un porcentaje de alrededor del 19%. En todas las lenguas ese porcentaje de cambio es el mismo.

Esta teoría se puede formular solamente en el caso de que exista documentación. Es decir, la formulación inicial de esta teoría requiere que se conozcan dos estados de la lengua, en este caso a 1000 años de distancia uno de otro. Que se pueda demostrar que las lenguas que se están comparando están emparentadas y que las dos lenguas evolucionaron según el mismo ritmo de retención.

Lo que sucede es que a partir de ahí, podríamos decir que el método se independiza de la prueba. Es decir, se postula ya como un hecho confirmado que todas las lenguas en su vocabulario básico cambian a la misma velocidad. El número que les dije recién no es azaroso. Lo que dicen los glotocronólogos es que el ritmo de cambio de una lengua, al cabo de mil años, es del 19% aproximadamente, o en otras palabras que el 80 u 81% del vocabulario básico permanece constante al cabo de 1000 años.

El tercer supuesto dice, entonces, que *ese ritmo de cambio es el mismo en todas las lenguas*. Es una generalización de un hallazgo para una lengua, a una muestra de originariamente 11 pares de lenguas: egipcio medio/copto; latín clásico/rumano moderno; alto alemán/alemán moderno; chino clásico/chino moderno; latín de Plauto/francés de Molière; caribe dominicano/caribe moderno; latín clásico/portugués moderno; koiné/griego chipriota; latín clásico/italiano moderno; inglés antiguo/inglés moderno; latín de Plauto/español del 1600.

El cuarto supuesto dice que *si se conoce el porcentaje de cognados* (es decir, el porcentaje de términos que permanecen iguales) *en dos muestras lingüísticas de lenguas emparentadas, se puede medir el tiempo que ha transcurrido desde que esas dos lenguas se separaron*.

En definitiva, la resultante operativa de la glotocronología, era una formulita que establece que el tiempo mínimo transcurrido desde que se separaron dos lenguas, equivale a este algoritmo: el logaritmo de **c**, que es el número de cognados, es decir de términos del vocabulario básico, sobre el logaritmo de **r**, la famosa constante de los glotocronólogos, y que vale más o menos 0.81, es decir el 81% que se supone que no cambia. Este porcentaje indicaría la cantidad de afinidades retenidas después de un milenio de separación. Hay formas distintas de expresar esta fórmula, pero conceptualmente son variantes de lo mismo. Por lo común se la escribe de esta forma:

$$t = \log c / \log r$$

Una fórmula que se deriva de la anterior es esta:

$$d = \log c / 2 \log r$$

Donde  $c$  denota al vocabulario común entre dos lenguas y  $r$  la tasa de resistencia propia de la lista, expresada en porcentaje.

Si encontramos, para hacer números redondos, que en dos lenguas emparentadas el léxico básico difiere en un 19%, es casi seguro que ambas lenguas se separaron hace mil años. Como puede verse, el método glotocronológico supone la aceptación de supuestos considerablemente atrevidos, aunque algunas de sus ideas concuerden con el más burdo sentido común<sup>4</sup>.

Ahora bien, ¿tiene alguna incidencia el hecho de que una lengua haya sido fijada por escrito? Se ha comprobado que la escritura es un buen método de fijación de las prácticas del lenguaje. De todas maneras, los glotocronólogos tendrían una serie de defensas ante ese tipo de argumentación. Dado que ellos no se refieren a la totalidad del léxico, que es enorme, sino a un núcleo básico que, para hacer números redondos y facilitar cuentas, establecieron en 100 términos, es decir los 100 términos más básicos y corrientes e inmediatos del lenguaje, ellos dicen que poco importa que la lengua esté fijada por escrito o no, porque la frecuentación de uso, la inmediatez de todos esos términos hacen relativamente irrelevante que se los fije o no por escrito.

Inclusive esos términos se aprenden, y eso verdaderamente cualquiera puede testimoniarlo: los números del uno al diez, los términos que designan a los fenómenos inmediatos o a las partes del cuerpo, se aprenden mucho antes de saber leer y escribir.

El cuarto principio de la glotocronología es el que hace posible que ella se conciba no como una hipótesis, sino como una herramienta auxiliar de la arqueología, la antropología, la etnohistoria. Los glotocronólogos estudian el vocabulario básico, al que ya tienen estandarizado en una hojita que es de distribución gratuita en todos los institutos de glotocronología, y en la que constan los 100 términos de ese vocabulario. Hay varias versiones, algunas de ellas de 200 términos o más, que incluyen los pronombres personales, palabras que designan cualidades como grande o chico, o nociones como hombre, mujer, persona, pescado, perro, árbol (¿cómo se aplicaría la última palabra en Groenlandia o en el Sahara?).

Los glotocronólogos afirman que aunque la imagen sonora de ciertos términos haya variado, se puede establecer con facilidad si permanecen constantes o no. Por ejemplo, comparando la expresión castellana "dos" y el inglés "two", se puede demostrar mediante algún artificio fonológico que están emparentados, y así sucesivamente.

Aquí es donde empiezan los problemas de la glotocronología. Tal como ella está formulada, lo peor que le podría pasar a la glotocronología es que se encuentren dos muestras correspondientes a dos estados de la misma lengua que no hayan evolucionado en un tiempo dado según el ritmo en que la glotocronología prescribe que debería hacerlo. La glotocronología es una hipótesis refutable. Y eso es fatalmente lo que sucedió en 1962: se la refutó. Por eso yo les dije que la glotocronología está relativamente desacreditada, y que se la debería reformular para tornarla de nuevo una técnica instrumental.

En 1962, y en la misma revista *Current Anthropology*, se publicó un artículo relativo a lenguas escandinavas, de una antigua documentación escrita. Se compararon muestras de Islandia y Escandi-

---

<sup>4</sup> Sapir (que no fue, como veremos, un glotocronólogo) decía, en efecto, que "cuanto mayor es el grado de diferenciación dentro de una familia de lenguas, mayor es el período de tiempo que puede presumirse para su desarrollo". La idea de que la cultura evoluciona según la regla de tres simple presupone, entre otras cosas, que todos los demás factores permanecen constantes (*ceteris paribus*); esta es otra idea desacreditada.

navia, y se llegó a la conclusión, a partir de 5 o 6 muestras, de que el vocabulario básico en mucho más de 1000 años no había cambiado absolutamente nada. En algunos casos había cambiado en porcentajes no previstos por la glotocronología.

Esto es lo peor que le podía pasar a la glotocronología, decíamos. Pero otra dificultad con la que se puede encontrar este método, es que para establecer que dos términos son cognados, están emparentados, hace falta conocer algo más que el vocabulario básico. Hace falta conocer algo del sistema fonológico al que pertenecen estas muestras, para saber cuáles son los tipos fonológicos más habituales y poder asegurar que estén o no emparentados.

Otro problema que se suele dar en glotocronología es que existan términos que designan a estos elementos básicos del léxico y que se agregan históricamente a esta denominación. Es decir, que existan diversos términos alternativos para un mismo concepto. Lo que dicen los glotocronólogos es que hay que utilizar el término que más frecuencia tenga en una muestra lingüística. Por poner un ejemplo burdo, ahí hay que salirse entonces del método glotocronológico específico y empezar a medir con qué frecuencia se dice "cabeza", o se dice "testa" o "marote" o "balero", o la palabra que fuere. Esta medición es problemática, porque bien pudiera suceder que algunos miembros de una sociedad utilicen más un término que otros, según condiciones de clase, sexo, profesión, edad...

¿Cómo solucionan los glotocronólogos el problema de que exista incertidumbre acerca de cuál de los términos posibles es el más frecuente? Ellos recomiendan lisa y llanamente que se revolee una moneda ("*to flip a coin*"). Y aunque técnicamente sea posible encubrir la crisis del método argumentando pomposamente que se utiliza un método estocástico para evitar arbitrariedades, la cosa no parece muy seria.

Digamos que, a pesar de todas las complicaciones matemáticas que pueden haber surgido en algunos de los estudios hechos por la glotocronología, nos damos cuenta que el armazón lingüístico, el aparato técnico de la glotocronología en términos lingüísticos es más bien primitivo, podríamos decir que es poco especializado, o que es elemental, desde el punto de vista del modo de trabajo y de la conceptualización que desarrolla.

Después vamos a ver que en lingüística la concepción que se maneja del significado es bastante más elaborada y bastante distinta que la que manifiestan los glotocronólogos. En esta teoría parecería pensarse que cada objeto del universo tiene una palabra que lo designa, o que existen objetos por un lado, y por el otro lado nombres correspondientes a esas cosas.

Es decir, la concepción del lenguaje que se manifiesta dentro de la glotocronología concibe el lenguaje como nomenclatura. Es decir, simplemente como una denominación de las cosas que ocurren o que están presentes alrededor. Esta es una concepción que podemos decir que caducó a principios de siglo. Y después vamos a ver por qué, sobre todo cuando abordemos el problema de la semántica.

Por otra parte, los glotocronólogos trabajan con una unidad lingüística que muchas veces se ha puesto en tela de juicio, y esa unidad es la palabra. Después vamos a ver que en lingüística en general no se habla mucho de palabras, aunque pueda sonar paradójico. Es decir, las unidades analíticas de la lingüística científica o por lo menos de la lingüística académica no coinciden con las de la lingüística intuitiva. Para nosotros, intuitivamente, bien pudiera ser que el lenguaje sea una nomenclatura, y que las unidades básicas del lenguaje sean las palabras. Para los lingüistas no siempre es así.

De todas maneras, parecería que para los glotocronólogos sí lo fuera. Ellos trabajan con una concepción bastante guesa, podríamos decir, de cuáles son las unidades correspondientes a los con-



ceptos, dicen que son las palabras. Algún lingüista podrá decir que las unidades de significación son más bien lexemas o morfemas. Después vamos a entender todas estas categorías, cuando nos adentremos en el programa. Pero, ciertamente, la palabra no es una unidad que los lingüistas utilicen con demasiada frecuencia, pese a la relevancia que parece tener cuando se la contempla desde el sentido común.

El hecho es que cuando se propuso esta teoría, o este método, se produjeron una serie de intentos por explotar su validez, aplicarlo. Sobre todo en los Estados Unidos, hay estudios también muy intensos de glotocronología en América Central. Pero en Estados Unidos el tipo de estudio lingüístico que se daba era muy peculiar. Podemos decir que la mayor parte de la lingüística norteamericana se origina en una problemática que tiene mucho de antropológica. Y en esto difiere mucho de la lingüística europea.

Dentro de un par de bolillas nosotros vamos a ver específicamente qué tipo de lingüística surge de este estado de cosas. De qué manera la situación etnográfica incide sobre la formulación de teorías lingüísticas. Pero por el momento digamos que en esta situación, en la que se daba una necesidad de esclarecer la historia de una multitud de lenguas indígenas en trance de desaparición, la glotocronología aparecía como un método que podía llegar a prestar algún servicio.

Se produjo entonces una serie de discusiones que tenían que ver ya sea con el contenido de las listas, o con el hecho de que no estaba probado que esas listas o ese léxico básico fuera verdaderamente universal. Se empezaron a aducir ejemplos de lenguas en las que faltaban términos para designar alguna de las palabras presuntamente universales, entre ellas, curiosamente, el indoeuropeo.

El indoeuropeo es el supuesto antecesor de casi todas las lenguas europeas y algunas asiáticas. Y es la familia lingüística que tiene mayor documentación históricamente hablando. Habíamos hecho alguna referencia a ciertos eruditos europeos que componían poemas conjeturales en indoeuropeo, y el indoeuropeo en sí, desde el punto de vista léxico, se puede reconocer todavía en los manuales lingüísticos, porque los términos del indoeuropeo, no estando documentados, aparecen precedidos por un asterisco.

Es una lengua conjetural porque se fabrica a fuerza de proponer comunes denominadores entre las lenguas indoeuropeas más antiguas que estén documentadas. Si nosotros vemos que, por ejemplo, en griego se dice "*penta*" y en sánscrito se dice "*pañca*", por ejemplo, vamos a encontrar un término indoeuropeo, de acuerdo con una serie de leyes fonológicas, que sea la palabra indoeuropea más probable para designar a ese término. Entonces, cuando encontramos esa palabra, sea cual fuere, la precedemos con un asterisco para denotar que no es una palabra que esté documentada.

En el siglo pasado y a principios de este se tejían elaboradas conjeturas acerca del tipo de sociedad que debió haber sido la sociedad indoeuropea, en base a los términos que aparecían en su lenguaje. Por ejemplo, si existía una palabra indoeuropea para designar las montañas (y esa palabra se obtenía comparando las lenguas indoeuropeas más antiguas, por ejemplo el griego clásico, el sánscrito, el hitita o heteo...), se creía poder determinar que en el paisaje originario de la cultura indoeuropea debían haber montañas. Por supuesto que todo esto se viene abajo cuando nos damos cuenta que raza, cultura, lengua, no son términos que siempre van juntos, y que es posible que las lenguas pasen de un pueblo a otro sin que pase la cultura o sin que se mezclen las razas. Ese método también dependía de la riqueza de la documentación. Existe una crítica célebre respecto de estas reconstrucciones conjeturales, que dice que los indoeuropeos debieron ser un pueblo muy curioso, que conocía la nieve y las manos, pero desconocía la lluvia y los pies, porque los términos para designar a estos últi-

mos conceptos cambian de una lengua indoeuropea a otra y no se pueden proyectar a un imaginario indoeuropeo prototípico.

Sigamos con la glotocronología, que no era -urge aclararlo- ni remotamente tan ingenua respecto del indoeuropeo como lo había sido la filología del siglo anterior. Vamos a redondear los problemas de la glotocronología para que ustedes, y más que nada los antropólogos, puedan tomar alguna actitud respecto de las referencias que existen de esta técnica o de esta corriente como algo que tiene un verdadero valor instrumental.

Hay dos grandes problemas con la glotocronología. El primero es que hay estudios que la desmienten, basados en lenguas documentadas de las que se sabe el parentesco y la fecha de su separación; uno de ellos es el estudio de las lenguas escandinavas, que se exploraron glotocronológicamente en 1962.

El segundo gran problema es que muchas veces resulta difícil establecer cuándo dos términos son cognados. En el caso de "*dos*" y "*two*", nosotros sabemos que son términos emparentados, conocemos la historia de su separación. Podemos enumerar los números del uno al diez o del uno al cinco en varias lenguas indoeuropeas y nos vamos a dar cuenta que suenan aproximadamente igual: en italiano, en francés, en español, en inglés, e incluso en sánscrito, los números del uno al diez poseen prácticamente los mismos esquemas sonoros con ligeras variantes. Pero a veces la situación es más confusa.

Un tercer problema surge cuando no se conocen profundamente las dos lenguas, es decir, cuando nosotros tenemos dos lenguas y debemos determinar a partir de una muestra de cada una y conociendo a medias el sistema fonológico, si dos términos están emparentados o no. Y esto es problemático porque muchas veces el sistema fonológico de una lengua experimenta fluctuaciones.

Ya vamos a aclarar más adelante que es esto de sistema fonológico. Por el momento digamos que el sistema fonológico es un concepto lingüístico que se inventó aproximadamente en 1928 para hacer referencia a un sistema que estaba un poco más allá (o por debajo) de los sonidos inmediatamente perceptibles. Es decir, el sistema o el ordenamiento subyacente a todos los sonidos que proliferan en el interior de una lengua. Pero digamos que en principio los sistemas fonológicos cambian y fluctúan y muchas veces se puede dar el caso de que términos que están históricamente emparentados no se parezcan en nada. De la misma manera, otros términos que parecen estar emparentados, y que se refieren a la misma cosa, como a "*day*" en inglés y "*dies*" en latín, se originan en palabras que no tienen fonológicamente nada que ver, es decir, que no son cognados.

Los problemas de la glotocronología no se terminan solamente así a nivel fonético o fonológico, sino que se originan también en determinados hechos históricos que se caracterizan por perturbar el estado de cosas lingüístico, como ser las invasiones, el contacto estrecho de dos lenguas, la inercia que tienen dos lenguas emparentadas por un montón de razones de carácter estructural a seguir evolucionando separadamente en la misma dirección o en direcciones parecidas, la sedimentación lingüística (es decir la presencia de términos atípicamente persistentes, como cristalizados), las modas, los tabúes lingüísticos.

Ustedes sabrán que cuando se quiso aplicar el método glotocronológico a los distintos dialectos o lenguas esquimales, algunas partes del cuerpo, por ejemplo, parecían no tener una palabra que la designaran porque eran tabúes de la cultura esquimal. Los tabúes lingüísticos, en ese caso y probablemente en otros perturbaron estadísticamente la muestra, que se basa nada más que en cien términos. Aún la lista propuesta por los glotocronólogos ha sido víctima de algún tabú subliminal, pues en

ella no aparecen conceptos tan básicos como los que designan a los genitales. Y esto llama la atención sobre un punto no esclarecido: ¿cual es, en efecto, el criterio de selección para constituir las listas del léxico no cultural?

Otro de los problemas suscitados por la glotocronología es el de si existe o no existe un vocabulario universal. Ellos partían de la propuesta del núcleo léxico como un hecho dado, pero en realidad esto no fue nunca estudiado como se debiera. Nunca se probó que existiera un núcleo, aunque más no fuera de 50 palabras, que estuviera lexicalizado necesariamente en todas las lenguas.

El hecho es que la glotocronología fue cuestionada desde numerosos ángulos. Se ofrecieron contrapruebas, excepciones y anomalías, como se las quiera designar, que prácticamente hicieron que esta corriente perdiera popularidad a mediados de la década del 60. Veremos que la misma secuencia de súbito apogeo y pérdida de la popularidad se va a dar en otras corrientes históricas. Yo no les quisiera presentar la glotocronología (o la antropología cognitiva, que es una también una teoría lingüística a revisar) como una teoría plenamente aplicable que no han sufrido ningún tipo de descrédito. Me parece más sensato ser realista a estos respectos, aunque lo mejor sería que ustedes saquen sus propias conclusiones antes de atenerse a las mías: no todas las teorías y técnicas propuestas a examinar en este curso son utilizables sin crítica; sin embargo, siempre se pueda sacar de ellas, incluso de su fracaso, una lección metodológica.

Hay que tener en cuenta que la glotocronología planteó algunos problemas que revisten cierto interés. Problemas tales como los de la necesidad de examinar la velocidad del cambio lingüístico. Un problema que se puede formular, por ejemplo, preguntándose si las lenguas cambian a un ritmo constante o si hay factores históricos, culturales, sociales, o lo que fuere, que alteran el ritmo de cambio de una lengua, en qué sentido lo alteran, con referencia a qué tipo de estructuras lingüísticas, si son morfológicas, si son léxicas. En la experiencia de la glotocronología, aunque sea una experiencia relativamente fallida, podemos encontrar una serie de incentivos para la investigación en torno a problemas que evidentemente revisten interés, y de los que podría quizá desarrollarse algo como lo que la glotocronología no fue, es decir una herramienta útil. Uno de los problemas planteados también por la glotocronología, tiene que ver con la necesidad de determinar si el cambio, en este caso el cambio léxico, ocurre al azar o si es previsible. Si hay partes del vocabulario, por ejemplo, que son más resistentes al cambio que otras.

Para terminar con esta corriente quisiera subrayar dos ideas: la primera es que la glotocronología se inscribe dentro de un tipo de estudio lingüístico que se conoce como *lexicoestadística*. Es decir, estadística aplicada al léxico. Esta lexicoestadística, a su vez, se inscribe dentro de los estudios lingüísticos estadísticos en general. Es decir, no sólo referido al léxico sino a otros aspectos del lenguaje. Esto involucra que hay toda una familia de estudios, una especie, dentro de la lingüística, que es de orden cuantitativo. La podemos identificar como *lingüística estadística*, dentro de la cual está la lexicoestadística, que ha sido y sigue siendo muy común, sobre todo en Francia (cf. Muller 1973). Hay estudiosos franceses que se pasan la vida comparando la frecuencia de palabras en las obras de Racine y de Molière, por ejemplo, midiendo la extensión del vocabulario o la riqueza lexical, la repartición de los vocablos, la frecuencia o probabilidad de la aparición de los términos, etc. No es ninguna rareza, ninguna monstruosidad, ninguna novedad absoluta. Es simplemente un miembro de una especie, un tipo de estudio lingüístico que, en lo que a nuestro medio respecta, es muy poco frecuentado. Como habrá de verse, la mayor parte de los estudios lingüísticos, por más formales que sean, es cualitativa.

La segunda idea que me gustaría que quedara definitivamente en claro, es que la glotocronología surge en la década del 50 y del 60 de este siglo, y que de ninguna manera debe confundírsela con la lingüística histórica del siglo XIX. Este es un error bastante frecuente, sobre todo en los exámenes finales.

En la siguiente unidad desarrollaremos una temática absolutamente distinta. Es importante que se aproveche esta distintividad, es decir que se aprecie el contraste entre las propuestas lingüísticas que vamos a comenzar a examinar ahora y las que estuvimos viendo. Hay que interpretar los elementos de juicio que se van acumulando no como una enumeración de teorías, sino como un cotejo entre paradigmas o alternativas de la teoría y la práctica científica. El primer contraste pasa por la diferencia que media entre diacronía y sincronía, o estudios de procesos y estudios de sistemas o estructuras por el otro.

### **1. b) Ferdinand de Saussure: el análisis sincrónico y los fundamentos de la lingüística y la semiología modernas.**

Nota: En este punto comienza prácticamente el ciclo de la lingüística científica, y con ella el material susceptible de ser escogido como tema libre para el examen final.

Al tratar la figura del suizo Ferdinand de Saussure comenzamos a desarrollar el tema de la lingüística estructuralista, que va a ser la corriente dominante en este siglo, y que probablemente lo sigue siendo, bajo distintos nombres, incluso bajo la forma de distintas corrientes que se han formulado como críticas al estructuralismo; tanto la lingüística idealista como la lingüística materialista norteamericanas, son ambas estructuralistas. Esto implica que el estructuralismo es algo más que una escuela: es una categoría envolvente que incluso afecta a teorías ideológica y filosóficamente discrepantes.

Después vamos a ver que va a ser difícil definir qué se quiere significar cuando se dice "estructuralismo" a secas, sin ninguna cualificación. Y recién apreciaremos que se quería significar con ese término cuando nos ocupemos de la sociolingüística, allá por la bolilla 7 u 8 del programa, contemplando una profunda crítica a la concepción estructuralista dominante. Allí afrontaremos un estudio totalmente distinto, que pone énfasis precisamente en todos aquéllos aspectos que el estructuralismo niega. Ahí nos vamos a dar cuenta cuál es la unidad que recorre a una serie de tendencias y de postulados lingüísticos aparentemente distintos.

El lingüista que origina al mismo tiempo el estructuralismo como corriente de pensamiento general, la lingüística estructural como teoría dentro de la lingüística, y lo que todo el mundo reconoce como la lingüística científica en oposición a la lingüística intuitiva del siglo anterior, es decir, quien verdaderamente otorga carta de ciudadanía científica a la lingüística, quien formula problemas que todavía se siguen discutiendo, quien propone conceptos que todavía son objeto de polémica y son objeto de uso, es Ferdinand de Saussure.

Al mismo tiempo, incidentalmente, Saussure es el fundador de una de las escuelas de la lingüística, que como de costumbre se designa por su lugar de origen. Saussure era suizo y originó en consecuencia la escuela de Ginebra en lingüística. En este curso haremos referencia a la escuela de Praga, a la escuela de Copenhague, a la escuela de Kazán, a la escuela de Tartu y a otra serie de escuelas que, con pocas excepciones, no nos preocuparemos por indagar en detalle.

Lo más importante de todo lo que origina Saussure no es tanto que el estructuralismo, sino probablemente el estatuto científico mismo de la lingüística. Este origen está dado por una serie de cursos que imparte Saussure en Francia y cuyo contenido fue reunido a partir de notas tomadas por los alumnos una vez muerto Saussure; ese curso fue publicado en una fecha tan inoportuna como 1916, vale decir en plena guerra mundial.

Durante un tiempo nadie le prestó la menor atención; había cosas más importantes de qué preocuparse, aún en Suiza con toda su tradición de neutralidad. Pero podemos decir que antes de que terminara la década ya se había impuesto como la formulación por excelencia de la lingüística científica. Una formulación a la que tenían que referirse todas las teorías o las prácticas lingüísticas de ahí en más, ya sea para ponerla en tela de juicio o para profundizarla.

Subrayemos el hecho de que Saussure no escribió nada sobre lingüística general. Todos los estudios que se conservan de Saussure, de mano propia, se refieren o bien a temas muy particulares, muy específicos, o bien a cuestiones de lingüística histórica, y son anteriores a la obra más conocida de Saussure, que Saussure por otro lado nunca escribió, y que es el *Curso de Lingüística General*.

Habíamos dicho ya que este curso había sido tomado por sus alumnos, en base a anotaciones muy breves de las clases que dictaba Saussure; la base documental autógrafa es muy escueta, ya que Saussure acostumbraba destruir sistemáticamente los apuntes de las clases que iba dictando. Es decir, Saussure escribía apuntes y esbozos como los que algunos profesores escriben para apoyar las clases, y una vez que las daba inexorablemente los echaba al fuego, atribuyéndoles quizá escasa importancia. Para colmo de males, los apuntes tomados por los alumnos de Saussure que después fueron reunidos para conformar el Curso de Lingüística General son discrepantes. Se encuentran incluso versiones contrapuestas referidas a los mismos asuntos. Todos los apuntes son incompletos y corresponden además a distintos años de dictado de ese famoso seminario, que fue, según creo, el primer curso que se dio sobre lingüística general.

"Lingüística general" significa la lingüística tomada en su conjunto, en tanto ciencia que se ocupa de los fenómenos del lenguaje, como una disciplina unitaria. Antes de Saussure la lingüística general, si es que existía, no tenía ni por asomo la importancia que adquiriría después; toda la ciencia del lenguaje estaba compartimentalizada en especialidades: indología, paleografía, filología de esta o aquella familia de lenguas, gramática, dialectología, fonética. Pero la "generalidad" de la lingüística de Saussure es concomitante al hecho de que él por un lado amplía el estudio del lenguaje, mientras que por el otro lo restringe. Luego profundizaremos esta observación.

Es bastante milagroso que en las condiciones en que se dio el Curso de Lingüística General llegara a convertirse en lo que fue, es decir en el libro fundador de prácticamente una disciplina, más que de una teoría o una tendencia. En contraste con los planteos del Curso de Lingüística General, muy difícilmente se pueda reconocer estatuto científico a la lingüística tal como se la practicaba el siglo pasado, la cual, salvo algunas honrosas excepciones, abundaba en prácticas caprichosas como las que revisamos en la clase anterior.

Los trabajos verdaderamente escritos por Saussure, ya dije, se ocupan de cuestiones muy minuciosas, pero que son totalmente periféricas respecto de la lingüística general. Por ejemplo, hay un trabajo sobre anagramas, que es de interés algo más que anecdótico, porque es sumamente original; pero se refiere a una curiosidad lingüística, es decir a los mensajes escondidos dentro de la poesía y a otras minucias semejantes.

Saussure también dejó trabajos escritos por él, de puño y letra. Los ensayos de Saussure anteriores al Curso de Lingüística General, como la célebre *Memoria sobre las vocales del indoeuropeo*, se inscriben dentro de la lingüística tradicional, aunque unos pocos eran de relevancia: el trabajo más importante de Saussure publicado de su propia mano, es, como quien no quiere la cosa, el texto culminante de la escuela neogramática. Es de hacer notar que alguna vez Saussure renegó de la escuela neogramática, y que incluso llegó a criticar "la monstruosa estupidez de los alemanes" que alentaban esa clase de estudios.

Digamos que además Saussure no comenzó su trayectoria como una personalidad reconocida dentro de la lingüística general, sino que tuvo que fundarla. Nunca antes se había hablado de lingüística general con una visión totalizadora, casi filosófica. Los neogramáticos, por ejemplo, hablaban del cambio lingüístico, del estudio de las transiciones de fase entre dos estados de una misma lengua, del principio de analogía, etc, pero no tenían una visión de la lengua en su conjunto, por lo menos no una visión propiamente científica como la que intentó originar Saussure.

Yo recomendaría que el Curso de Lingüística General se convierta en un componente estable y permanente de toda biblioteca; aunque aquí vamos a consultar una pequeña parte de las secciones más importantes, se trata de un texto de consulta fundamental; no porque sea importante poseer una obra que tiene un interés histórico por haber fundado la lingüística o por haber sido la piedra fundamental del estructuralismo (el cual, según Giddens, ya sería una tradición muerta), sino porque gran parte de las discusiones lingüísticas, estructuralistas, semióticas o semánticas, es decir, todo lo que se refiera a los signos, a la comunicación, al significado, al lenguaje, (y me refiero a las discusiones estrictamente contemporáneas), casi siempre hacen referencia a Saussure, aunque más no fuere para discutirlo, rebatirlo o superarlo. Ningún intelectual contemporáneo pasa demasiado lejos de aspectos, conceptos o problemas planteados alguna vez por Saussure.

Para comprender las famosas incursiones de Lévi-Strauss o de Lacan en la lingüística, por ejemplo, casi lo único que hay que conocer (porque asimismo es casi lo único que esos autores denotan conocer) es la parte inicial del Curso de Saussure; el celebrado virtuosismo lingüístico de los estructuralistas franceses consiste, si se lo mira bien, en una dosis de Saussure aderezada con unos cuantos principios elementales de la Escuela de Praga, ambos bastante mal digeridos y a veces técnicamente mal aplicados.

Intentaremos una especie de síntesis contextualizada y aclarada de lo que dice el Curso de Lingüística General, el cual a menudo es un tanto oscuro, incompleto y ambiguo. No se trata de hacer una síntesis neutra, un resumen. Va a ser más bien una síntesis que obedece a la necesidad de relacionar los postulados lingüísticos de Saussure con los de la antropología, o por lo menos con los de una lingüística antropológicamente enfocada.

Una de las primeras cosas que pone en claro Saussure es que la lingüística se debe ocupar de todas las manifestaciones del lenguaje y no solamente tener en cuenta las buenas maneras, es decir lo que se llama el buen hablar. Y esta distinción tiene su importancia porque gran parte de la lingüística del siglo XIX era de carácter prescriptivo o valorativo. Para Saussure la lingüística deja de tener ingerencia sobre lo que está bien y lo que está mal en el lenguaje, y simplemente se limita a describir o a explicar lo que sucede, aunque con fuertes salvedades y abstracciones, como luego veremos.

Uno de los puntos más importantes de la perspectiva de Saussure, y que va a marcar también a todo el estructuralismo, se refiere al hecho de que Saussure afirmaba que *todo en la lengua es psicológico*, incluso los aspectos mecánicos, que podríamos llamar los aspectos acústicos, físicos, sonoros, o como se los quiera llamar. Si vamos a hablar de lengua vamos a referirnos a lo esencial

-dice más o menos Saussure- y por lo tanto haremos referencia a algo que fundamentalmente es psicológico; y todo lo demás, es decir todo lo que se refiere a cuestiones físicas, fisiológicas, o lo que fuere, va a ser considerado como relativamente accidental, como no inmediatamente relevante.

Nótese que Saussure no está hablando del lenguaje, en lo que acabo de decir, sino que está hablando de la lengua. Y esto se debe a que él ha introducido una distinción que se va a mantener como una distinción básica en toda la lingüística de este siglo hasta bien entrada la década del 60. Casi toda la lingüística estructuralista, explícita o implícitamente, no es una lingüística del lenguaje en general, sino una lingüística de la lengua.

Saussure dice que el lenguaje se compone de *lengua* y de *habla*. O, dicho de otra manera, que dentro del lenguaje en su conjunto cabe distinguir dos aspectos radicalmente distintos: la lengua por un lado y el habla por el otro. Esta distinción es fundamental y urge comprenderla bien.

Decíamos que el verdadero objeto de la lingüística, para Saussure, no es el lenguaje en su conjunto sino únicamente la lengua. Y esto va a ser algo que ustedes van a poder seguir identificando en todas las teorías que deban algo al estructuralismo, sean lingüísticas, filosóficas, históricas, antropológicas, o lo que fuere. Posteriormente se dirá que sólo en la lengua hay sistematicidad y estructura. Es decir, el lingüista no se va a ocupar del lenguaje en general, sino de aquellos aspectos del lenguaje que sean reductibles a un sistema, de todos los aspectos del lenguaje que se articulen según un cierto orden. Este conjunto de fenómenos de los cuales se van a ocupar el lingüista es la lengua.

Recién en la década de 1960, les decía antes, se va a promover la fundación de una lingüística del habla, por las razones que más adelante detallaremos. Para Saussure, lo esencial en el hombre, lo que resulta verdaderamente admirable, no es el lenguaje articulado, la capacidad de articular más o menos prolijamente cierta corriente de sonido, sino la facultad de construir una lengua, es decir, fabricar un sistema de signos distintos correspondientes a ideas distintas. Proferir sonidos que correspondan a cosas, por admirable que sea, no es suficiente para construir un sistema; la lengua es algo más, o mejor dicho es otra cosa, que si se quiere corresponde a otro nivel de análisis.

Cuando hablamos de sistema, nuestro objeto es la lengua, es decir, nuestro objeto se restringe a lo que en el interior del lenguaje posea carácter sistemático. Y aquí vamos a formular una precaución. Lo que quiere decir Saussure no es que dentro del lenguaje ocurran una multiplicidad de eventos, algunos de los cuales sean sistemáticos y otros no, ni quiere decir tampoco que la lingüística se va a ocupar de esos eventos que casualmente sean sistemáticos dentro de lo que se puede observar en el lenguaje, sino que lo que está diciendo más específicamente es que a cierto nivel de análisis dentro del lenguaje en su conjunto se puede distinguir cierto orden, cierta estructura. No importa por ahora (porque de eso no se va a ocupar Saussure) que la lengua verdaderamente esté allí o que recién surja por obra del análisis científico.

A ese orden o a esa estructura, o a los hechos o eventos relacionados inmediatamente con ese orden o esa estructura, lo vamos a llamar sistema de la lengua; siguiendo a Saussure, nos ocuparemos por un momento exclusivamente de eso, prescindiendo de todo lo demás. Que la lengua sea un sistema (o que posea un sistema) involucra, además, que puede (o debe) ser objeto de una ciencia específica: un sistema es, antes que nada, un objeto de estudio que posee coherencia propia.

Después vamos a poner una multitud de ejemplos respecto a qué es sistemático y qué es asistemático, pero en general podemos identificar un poco la lengua como un nivel relativamente idealizado dentro del lenguaje. Si nos situáramos a nivel del habla, o a nivel del lenguaje en general,

analizando la forma en que puedo pronunciar yo las palabras, o en que las puede pronunciar otra persona, deteniéndonos en modismos dialectales, etc, hallaremos fenómenos sin duda discrepantes; pero a nivel del sistema de la lengua esa discrepancia se pasa por alto, deliberadamente. En otros términos, el estudio de la lengua, el estudio del sistema lingüístico, pasa por alto una multitud de aspectos, se fija en los denominadores comunes y dentro de esos denominadores comunes trata de hallar o de definir cuál es el orden que se mantiene, qué es lo que rige a ese sistema.

Vamos a poner en claro que lo que se trate en esta unidad temática va a ser absolutamente fundamental para la comprensión de la mayor parte de las tendencias de lingüística y semiótica que se revisarán en este curso. Me atrevería a decir que la comprensión del modelo de Saussure proporciona también la clave para comprender los principales movimientos intelectuales de los últimos 20 o 30 años, sobre todo los de origen europeo, del estructuralismo en adelante, comprendidas las elaboraciones estructuralistas de la historia, las matemáticas, el psicoanálisis, y por supuesto la antropología. De la iniciativa de Saussure se derivan, por otro lado, no menos de tres líneas de investigación, que son conocidas, en lingüística, como la escuela de Praga, la escuela de Copenhague (la llamada "glosemática" de Hjelmslev) y la escuela de Ginebra. Esta última agrupa a los continuadores directos de Saussure, que por diversas razones no han sido ni de lejos tan importantes como él.

Ya habíamos comentado que Saussure no escribió su Curso de lingüística General, y que este tratado, que es el libro más clásico, más citado de toda la lingüística, se origina en tres cursos de lingüística general impartidos por Saussure en la primera década de este siglo; dijimos que el texto se basa en anotaciones de cátedra, ya que según los indicios ninguno de los editores del *Curso de Lingüística General*, presenció las clases de Saussure directamente, y que además de ciertas contradicciones que se pueden encontrar en el modelo, existen grandes dudas respecto a las intenciones de Saussure al definir algunos términos básicos.

Sea como fuere, la principal distinción realizada por Saussure es la que efectúa entre lengua y habla. La lingüística que él promueve no va a estudiar el lenguaje en su conjunto, sino solamente lo que corresponde a la lengua, lo cual supone una segmentación en el objeto de estudio, la que a su vez no es quizá tanto deliberada como lo es necesaria. Idealizar el objeto, abstraerlo, se convierte en una especie de necesidad metodológica. Para que la ciencia lingüística sea posible, hay que renunciar a ciertos aspectos del objeto, los que son tal vez más cercanos al sentido común y a la intuición.

Lo primero que va a decir Saussure es que el lenguaje en su conjunto no está estructurado, no está ordenado, no constituye un sistema. Lo que sí constituye un sistema es la lengua, y lo que es más importante para llevar a cabo una lingüística científica es distinguir la lengua, como sistema, de las realizaciones individuales y concretas, distinguir, en otras palabras, la lengua del habla. Dicho de otra forma, las manifestaciones concretas y "tangibles" del lenguaje no son el sistema, no son la lengua, aunque sea necesario suponer la existencia de la lengua o del sistema para que esas manifestaciones sean posibles.

Tenemos entonces que el habla englobaría las manifestaciones observables, registrables, del lenguaje; todas y cada una de estas manifestaciones, un montón inabarcable, siempre creciente y en transformación. Mientras que la lengua haría referencia al sistema o código subyacente, que no es inmediatamente observable, sino que hay que deducirlo. Aquí se origina lo que se llamó después lingüística inmanente. Es decir, una lingüística que toma como objeto de estudio, no a los fenómenos directamente observables, sino a un sistema, a una abstracción subyacente a ese fenómeno. Aunque la lengua se derive analíticamente de los hechos, no está presente inmediatamente en todos y cada



uno de ellos: está más bien por debajo, que es lo que literalmente quieren decir "inmanente" o "subyacente".

Para poner un ejemplo trivial de la diferencia entre lo que sería una manifestación de habla y una estructura o un sistema de lengua, digamos que el código o el sistema o la lengua es lo que permite la comunicación. Todos los hablantes se refieren, en general, inconscientemente, a este código o a este sistema, más allá de diferencias dialectales o diferencias de jerga.

También dice Saussure que la lengua no es una función del sujeto hablante, no es algo que la persona pueda manejar a su antojo, pueda transformar o modificar de acuerdo con su voluntad. La lengua es un producto social que el individuo registra pasivamente y que se le impone. Todas las modificaciones introducidas por las personas no alteran, en principio, este código, sino que modifican en todo caso las expresiones a nivel del habla. Nosotros no podemos modificar la lengua por un acto de voluntad.

Esto no quiere decir que las lenguas no sean susceptibles de transformarse, a la larga, a partir de decisiones tomadas en algún momento. Lo que esto significa es que estas modificaciones afectan inicialmente al habla y después eventualmente, y no siempre, se pueden llegar a incorporar al código. La frase de Saussure es taxativa: "todo cuanto es diacrónico en la lengua solamente lo es por el habla; es en el habla donde se halla el germen de todos los cambios".

Muchos estudiosos suponen que cuando Saussure dice que la lengua no es función del sujeto individual, sino que es un producto, un hecho social, está reflejando una idea sociológica propia de la escuela de Durkheim. No voy a tratar de resumir aquí cuál es el esquema sociológico de Durkheim, por cuanto se trata de un modelo extremadamente amplio y complejo; pero lo que sí podría señalar es que Durkheim, en efecto, sostenía que los hechos sociales no podían explicarse en función de los individuos. Como sucede con casi todas las afirmaciones de Saussure, se ha discutido, más o menos ampliamente, el hecho de que ésta en particular se derive directamente de la sociología de Durkheim, que estaba en boga a principios de siglo.

Siguiendo adelante con las categorías básicas de Saussure (y después vamos a sacar las conclusiones que sea menester de cada uno de los conceptos que refiramos), hay que decir que Saussure localizaba la lengua en esa porción de circuito de comunicación en la cual una *imagen acústica* se asociaba con un *concepto*. Y esta categorización es una de las más delicadas, y posiblemente una de las más revolucionarias, introducidas por Saussure.

Habíamos dicho que todos los hechos pertinentes de la lengua eran hechos psicológicos. Todo en la lengua, decía Saussure, es psicológico. Lo esencial de la lengua no tiene nada que ver con una realidad tangible, observable, con fenómenos físicos, por ejemplo. Que el lenguaje se manifieste como un comportamiento fisiológico por un lado o como un fenómeno acústico por el otro no es esencial.

Nótese, en fin que estas dos categorías, que definen prácticamente a la lengua, son las dos de orden psicológico: imagen acústica y concepto. Cualquiera diría intuitivamente, que el lenguaje vincula palabras con cosas. Esta es la idea con la cual Saussure rompe. No habla de palabras o de sonidos, sino de imágenes acústicas, es decir una entidad psicológica, y no habla de cosas, sino de conceptos. Con esto Saussure toma distancias de la concepción del lenguaje como nomenclatura, una concepción que estuvo en vigencia durante toda la historia de la lingüística anterior a él.

En este punto parecería, sin embargo, que hay una contradicción. Por un lado Saussure dice que lo esencial en la lengua es de orden psicológico, y por otro lado dice que la lengua no es función del

sujeto, que es un hecho social que se impone a los individuos. Yo diría que no hay una contradicción, en tanto tengamos presente cuál es la naturaleza que Saussure asigna al lenguaje, y por derivación, a la lingüística. Saussure va a decir en algún momento que la lingüística forma parte no de la psicología en sentido del individuo, sino de la psicología social.

Si bien las imágenes acústicas y los conceptos hacen referencia a realidades mentales, no se trataría de realidades mentales personales, idiosincráticas, sino más bien algo que podríamos llegar a llamar, tal vez distorsionándolo un poco, ideológico; algo que pertenece simultáneamente a la mente y a la sociedad. Por más que la idea de social parecería remitir a una esfera de cosas concretas, la postura de Saussure inaugura un largo predominio de enfoques idealistas en materia de lingüística: "una sucesión de sonidos sólo es lingüística si es soporte de una idea" (p.175).

Saussure dice que un signo lingüístico tiene dos caras o dos aspectos: uno es la imagen acústica y otro es el concepto. Podríamos decir que son, respectivamente, el correlato del fenómeno acústico en la mente y la idea a la cual esa imagen acústica se refiere. Poco a poco las categorías de imagen acústica y de concepto son reemplazadas por otras, o son recubiertas por otras, que van a ser no sólo más expresivas, sino también más productivas, en el sentido en que tienen que ver con una concepción de la lingüística como una ciencia de los signos. En efecto, Saussure caracteriza al signo lingüístico como la unión de un *significante* y un *significado*. Señalemos, sin embargo, que estos conceptos aparecieron tardíamente en el Curso, casi al terminar, y que en apariencia sólo fueron mencionados en una sola clase, el 19 de mayo de 1911.

Cada uno de los componentes del sistema de la lengua, cada signo, es interdependiente respecto de los demás. La lengua está compuesta no tanto por palabras, sino por *signos*. La lengua es un sistema de signos, en otras palabras. Y la lingüística es el estudio de un sistema de signos, que en este caso son signos lingüísticos. Pero puede concebirse una ciencia que estudie la vida de los signos en general en el interior de la vida social; la lengua es uno de esos sistemas de signos, el que utiliza la gente para comunicarse; probablemente es el sistema de signos más importante, sin duda también es el mejor conocido, o el que tiene a su servicio la ciencia más desarrollada, que es la lingüística. Pero, en definitiva, la lingüística no configura nada especial. Estudia un sistema de signos de los muchos sistemas de signos que componen o que intervienen en la vida social: lenguajes de gestos, ritos, costumbres, formas de cortesía, signos militares, códigos de señales. Saussure dice que una ciencia que estudie la vida de los signos en general sería parte de la psicología social. Y propone que esta ciencia se llame *semiología*. Sus palabras son proféticas:

"Puesto que todavía no existe, no se puede decir qué es lo que ella será; pero tiene derecho a la existencia, y su lugar está determinado de antemano. La lingüística no es más que una parte de esta ciencia general".

Esto que dice Saussure constituye el precedente de la ciencia semiológica que va a comenzar a desarrollarse de manera explosiva muchos años más tarde, a principios de la década del 60<sup>5</sup>, y que en Estados Unidos se ha de llamar semiótica, término que terminaría por imponerse sobre el de semiología, utilizado este último en Francia.

No es posible determinar la estructura lingüística de todos los signos; algunos coinciden con la palabra, otros necesitan de varias para expresar una idea, otros más necesitan sólo partículas gramaticales mínimas. La única definición posible de signo no es material ni gramatical, sino ideal: un sig-

---

<sup>5</sup> Con la publicación de las obras más importantes de Barthes, Eco, Rossi-Landi, Kristeva y otros.

no es "una porción de sonoridad que, con exclusión de lo que precede y de lo que sigue en la cadena hablada, es el significante de cierto concepto" (p.176).

Saussure no estudia exhaustivamente las propiedades de todos los signos, ni siquiera de los signos lingüísticos, pero señala alguna de sus características. La más importante es que la relación entre significante y significado es arbitraria. Esta es la propiedad que se conoce como la *arbitrariedad del signo lingüístico*: nada hay en el significado de una palabra (p.ej., la idea de "vaca") que influya sobre la forma que ha de adoptar el significante que le corresponde (p.ej. la palabra "vaca"). Antes de Saussure se reconocía ya que la relación entre ideas y cosas era convencional; al decir "arbitraria", y ya no sólo "convencional", Saussure enfatiza el carácter libre y contingente de la convención.

Es notable que Saussure distinga entre "signos", que son para él arbitrarios, y "símbolos", que en su opinión no lo son tanto. Lo que sucede es que Saussure otorga al concepto de "símbolo" características que para nosotros son más bien las de la alegoría (el "símbolo" de la justicia, por ejemplo, con los ojos vendados, la espada y la balanza). No habrá de ser ésta la idea de símbolo de la semiótica moderna, que seguirá insistiendo en que todos los signos (símbolos incluidos) son fundamentalmente arbitrarios.

Algunos autores posteriores discutirán la idea de que todos los signos son totalmente arbitrarios. El mismo Saussure admitía que una vez fijado dos signos arbitrarios, p.ej. "nueve" y "diez", la constitución de otro signo derivado (p.ej. "diecinueve") ya no era tan arbitraria después de todo. Más adelante estudiaremos las opiniones de Jakobson a este respecto, que son claramente distintas.

Hay una especie de contradicción entre la idea de la arbitrariedad del signo lingüístico y la de sincronía, ya que la primera se refiere no al uso sistemático de los signos, sino a su génesis histórica, la cual según el propio Saussure no es relevante para la lingüística de la lengua. Anthony Giddens opina que el término 'arbitrario' no es una denominación particularmente feliz para el fenómeno en cuestión. Como el propio Saussure reconocía plenamente, no cabe duda de que las convenciones implicadas en el uso del lenguaje no son arbitrarias en el sentido de que quien emplea el lenguaje sea libre de elegir entre las realizaciones que prefiera. Por el contrario, el uso aceptado tiene una gran fuerza vinculante.

Lo que importa es que la tesis de la naturaleza arbitraria del signo es, en último término, oscura, especialmente en tanto que se refiere a la naturaleza del significado más que a la naturaleza del significante. Si Saussure únicamente pretendía afirmar que las palabras tienen tan solo un nexo convencional con los objetos que designemos o a los que nos refiramos al emplearlas, esto es obvio hasta el extremo de resultar trivial. Si -como muchas veces parece ser el caso en la tesis de Saussure- por 'naturaleza arbitraria del signo' entendemos que el lenguaje está construido mediante la diferencia, es cierto que esto tiene implicaciones relativas a la naturaleza del significado, pero Saussure no desarrolla estas implicaciones: la naturaleza de los significados se deja en gran medida sin explicar. Es evidente que Saussure pretendía afirmar que el significado de una palabra no es el objeto al cual puede referirse la palabra; sin embargo, como no analiza en ninguna parte la naturaleza de la referencia, esta afirmación queda, en lo esencial, sin elucidar filosóficamente. El resultado es la confusión señalada por Benveniste y citada por Giddens:

"Incluso aunque Saussure dijera que la idea de 'hermana' no tiene relación con el significante s-ö-r [soeur], él pensaba, nada menos, en la *realidad de la noción*. Cuando hablaba de la diferencia entre b-ö-f [boeuf] y o-k-s [ox, buey], se estaba refiriendo, a pesar de sí mismo, al hecho de que estos dos términos se aplican a la misma *realidad*. Por consiguiente, la cosa, expresamente excluida en un principio de la definición de signo, se desliza ahora en esa definición dando un rodeo".

Otra fundamental idea saussuriana es que el sistema lingüístico no está compuesto por "cosas", sino más exactamente por *valores*. Esto quiere decir que lo que importa en el estudio de la lengua como sistema, no es el cómputo o la enumeración de los elementos, sino las relaciones que estos elementos tienen entre sí, los valores relativos de los distintos elementos que componen el sistema de la lengua.

Saussure llega a aseverar que en la lengua no hay más que diferencias. En otras palabras, diríamos que en el sistema de la lengua prácticamente no hay términos positivos, que tengan un valor en sí mismos, sino que todos los términos tienen un valor relativo a los demás: la idea de "oscuro" sólo adquiere significación en contraste o en diferencia con la idea de "claro", y así todo lo demás. Para describir la posición o situación de un término en el sistema de la lengua, hay que hacer necesariamente referencia a lo que ese término no es. Ninguno se puede definir por sí solo, y habrá necesariamente que contrastarlo con otros para expresar su significado.

Esto va a quedar mucho más claro cuando nosotros caractericemos efectivamente un sistema, lo que recién podrá hacerse cuando revisemos el modelo fonológico de la escuela de Praga, pues si bien Saussure concibió la idea de que existe un sistema, jamás demostró la existencia de ninguno, ni aplicó prácticamente los conceptos de su curso a una investigación lingüística concreta. Incluso, creo yo, sería muy difícil señalar alguna investigación lingüística que haya sido realizada en los términos estrictamente fijados por Saussure. Hay algunos estudios de sistemas de signos inspirados en Saussure, como el análisis de Caroline Humphreys sobre los dibujos mágicos de los buryatos, pero en estos casos los conceptos de Saussure siempre aparecen mezclados con ideas expresadas luego por otros autores: Barthes, Benvéniste, Lévi-Strauss.

De Saussure vamos a caracterizar dos o tres conceptos más, uno de ellos el que hace a las diferencias entre las relaciones sintagmáticas y las relaciones asociativas. Saussure dice que, por un lado, en el discurso las palabras se encadenan, y por este encadenamiento contraen relaciones fundadas en el carácter lineal del significante, carácter que excluye la posibilidad de pronunciar, o de proferir, dos elementos a la vez. Esto es lo que se ha dado en llamar el *carácter lineal del significante*.

El discurso en sí, observado a nivel de sus significantes, es un encadenamiento de elementos, una especie de ristra o serie sin espesor. Este encadenamiento define una asociación lineal, una secuencia de términos, presentes en una serie, que constituye lo que Saussure llama *relaciones sintagmáticas* o relaciones en presencia (lo dice en latín: *in praesentia*). Se las llama relaciones en presencia porque, en un caso dado, todos los términos están igualmente presentes en la serie lingüística, todos están efectiva y concretamente ahí.

Pero sucede que fuera del discurso, las palabras tienden a asociarse en la memoria, y forman grupos en los cuales reinan relaciones de muy diverso carácter. Si yo digo por ejemplo "la vaca come pasto" a nivel del análisis de la frase tenemos una serie de encadenamientos, es decir de relaciones sintagmáticas entre términos, relaciones en presencia. Y a otro nivel de análisis tenemos una serie de relaciones que se establecen de cada uno de los términos hacia afuera. Estas son las relaciones en ausencia, o *relaciones asociativas*.

Si yo digo 'vaca', se me van a ocurrir una serie de términos que podrían ser análogos a 'vaca', que habrían podido ocupar su lugar. Si yo digo 'la enseñanza de lingüística es aburrida', el término "enseñanza" se asociaría con "educación", "aprendizaje", "escuela"; o tal vez evoque ideas tales como "templanza", o "esperanza", que sólo tienen con "enseñanza" una relación gramatical muy lejana; o quizá incluso se me ocurra "lanza" o "balanza", ligadas con la primera idea sólo por su rima. Todas

estas son relaciones de ideas de muy distinto carácter y de muy variada estructura. La cantidad de asociaciones verticales que atraviesan una frase o enunciado es prácticamente infinita.

Se preguntarán ustedes qué sentido tiene hacer esta diferenciación entre relaciones que se dan linealmente, secuencialmente, y otras que se dan verticalmente, como asociaciones de ideas. Cuando tratemos de la escuela de Praga, veremos que estas dos relaciones, señaladas inicialmente por Saussure, van a ser profundizadas. Se van a sacar todas las consecuencias posibles, con una pequeña diferencia. Se va a seguir hablando de relaciones sintagmáticas, y se va a definir como *sintagma* a cada uno de los elementos que conforman un enunciado, en la medida en que sea un elemento participante en un encadenamiento de este carácter. Pero en lugar de relaciones asociativas se va a hablar de relaciones paradigmáticas y de *paradigma*. Vamos a tener entonces asociadas a un enunciado, a una frase, a una palabra, en una palabra a un signo, relaciones sintagmáticas y relaciones paradigmáticas.

A su vez, en la escuela de Praga las relaciones sintagmáticas se van a relacionar con la figura retórica de la metonimia y las relaciones paradigmáticas con la figura retórica de la metáfora. Más adelante explicaremos en detalle esta terminología y revisaremos sus notables aplicaciones prácticas, que se extienden a la antropología, al psicoanálisis y hasta al tratamiento de trastornos cerebrales. Hay que subrayar el hecho de que Saussure se negaba a estudiar el cambio lingüístico, aunque no podía menor que reconocer su existencia. La única posibilidad que tenía la lingüística de llegar a ser plenamente científica, era concentrándose en los estados sucesivos de la lengua, es decir, en sistemas que, a los fines analíticos, debían considerarse inmutables. Para Saussure la oposición entre sincronía y diacronía era irreconciliable "y no admitía componendas". El habrá de ser quien legue a la lingüística posterior su cariz fuertemente anti-histórico.

Para terminar con Saussure, digamos que a pesar de que era un estudioso que aborrecía los neologismos y las palabras extravagantes, él introdujo en la terminología lingüística una cantidad de términos y de distinciones categoriales que quedaron incorporadas permanentemente: sincronía y diacronía, lengua y habla, signo, significante y significado, sintagma y paradigma, el concepto de valor lingüístico, el concepto de código, la idea del circuito del habla (que va a ser la base del posterior modelo comunicacional), semiología, oposición, sistema. El único concepto que no está testimoniado que haya utilizado Saussure, pero del que podemos decir que brilla por su ausencia, es el concepto de estructura. Saussure, en general, utiliza el concepto de sistema en lugar del de estructura; pero eso no impide que se lo considere el genuino fundador del estructuralismo en lingüística y en ciencias sociales en general. Todos los conceptos fijados por Saussure van a quedar incorporados no solamente a las tendencias lingüísticas que se reconocen como estructuralistas; formarán parte de la teoría y del método lingüístico en general. Son términos comunes a distintas orientaciones de la lingüística, que se sirven de ellos con absoluta naturalidad, como si hubieran existido siempre o como si fueran teóricamente neutros. Según han observado los especialistas, son muy pocos los conceptos básicos de la lingüística comunes a todas las tendencias que no tengan su origen en Saussure.

Por supuesto que no es el caso que se haya publicado el Curso de lingüística General en 1916 y de la noche a la mañana todo el mundo se haya dado cuenta de que tenía entre manos el fundamento científico de la lingüística. Como es habitual, muchos lingüistas tendieron a subestimar el aporte del curso. En Estados Unidos se lo tradujo recién en 1959. En Argentina estaba traducido desde 1945. Y el hecho de que se haya traducido recién en 1959 en Estados Unidos implica que la aparición de este

texto fundacional es dos años posterior a la revolución lingüística impulsada por Chomsky<sup>6</sup>, revolución que según Chomsky mismo (como después veremos) acabaría por liquidar a la lingüística estructural. Después vamos a tratar de establecer por qué en los Estados Unidos se prestó relativamente poca atención al Curso de Saussure. Antes de 1959, por supuesto, los lingüistas más informados conocían su existencia. Pero todo el terreno local estaba ocupado por otra corriente que también se puede caracterizar a grandes rasgos como estructuralista, pero que tiene un origen totalmente independiente. Y en algún momento analizaremos cómo Saussure es redescubierto, en la década del 60 (no tanto en Estados Unidos como sí en Europa) por mediación del antropólogo Claude Lévi-Strauss.

---

<sup>6</sup> Esto es, la teoría lingüística conocida como "gramática generativa transformacional", en sus numerosas etapas y variedades.